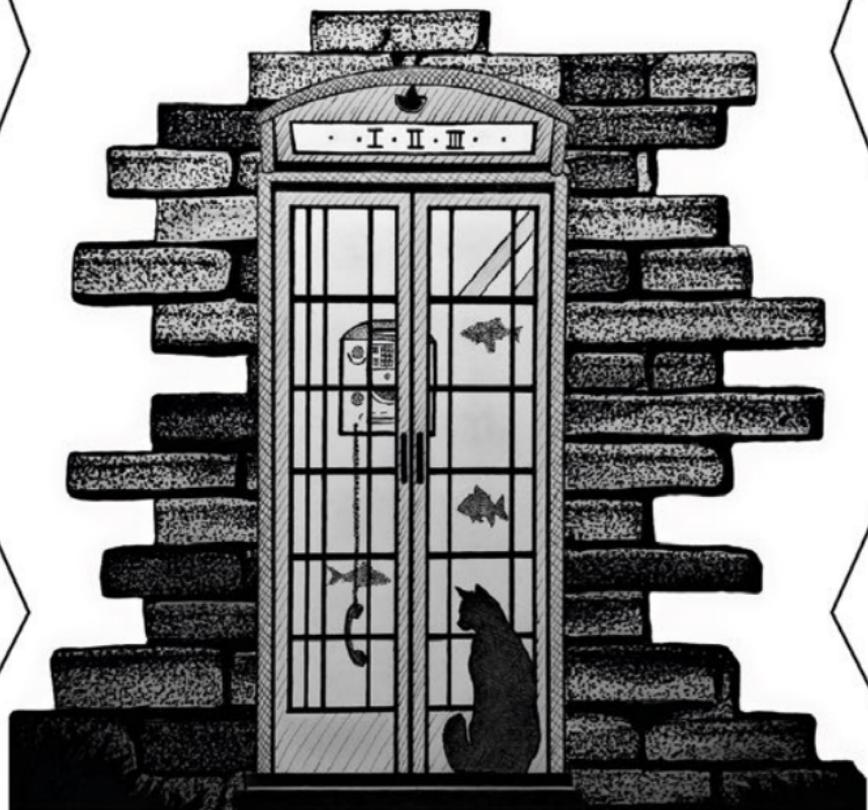


CABINAS TELEFÓNICAS



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

R. A. Luna Monroy

Cabinas Telefónicas

- Cuentos -

R. A. Luna Monroy



Colección
Soltar las Amarras

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

 **@somoscreatura**

Diseño y maquetación

Ilustraciones: Ricardo Alfredo Luna Monroy / @ralunamonroy

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,

C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Sinopsis

Cabinas Telefónicas es una colección de tres cuentos que, aún siendo independientes entre sí, comparten una misma esencia. Cada cuento es una cabina de teléfono destinada a plantear una pregunta al lector:

"¿Qué pasaría si Dios fuera una niña de nueve años?"

El primer cuento nos presenta a Alicia, una niña inocente pero con un poder tan asombroso como aterrador.

"¿Qué le dirías a tu ser amado si pudieras llamarle por teléfono desde el otro lado de la muerte?" La segunda cabina nos plantea la historia de Ilya Torres y la burocracia que encuentra después de dejar de vivir, así como con la posibilidad de contactar a su ahora viuda.

"¿De qué sería capaz una gatita moribunda por salvar la vida de su ama?" La tercera y última cabina nos pone en la perspectiva de Bonita, una gata con una enfermedad degenerativa e incurable en búsqueda de su ama, a través de una serie de adversidades. Si los gatos realmente tienen varias vidas, a Bonita se le están acabando.

La inocencia, la muerte y el concepto de Dios son algunos de los elementos que unen a las tres cabinas que conforman esta colección, e invitan al lector a responder el llamado del teléfono que guarda el interior de este libro.

Cabinas Telefónicas

- Cuentos -

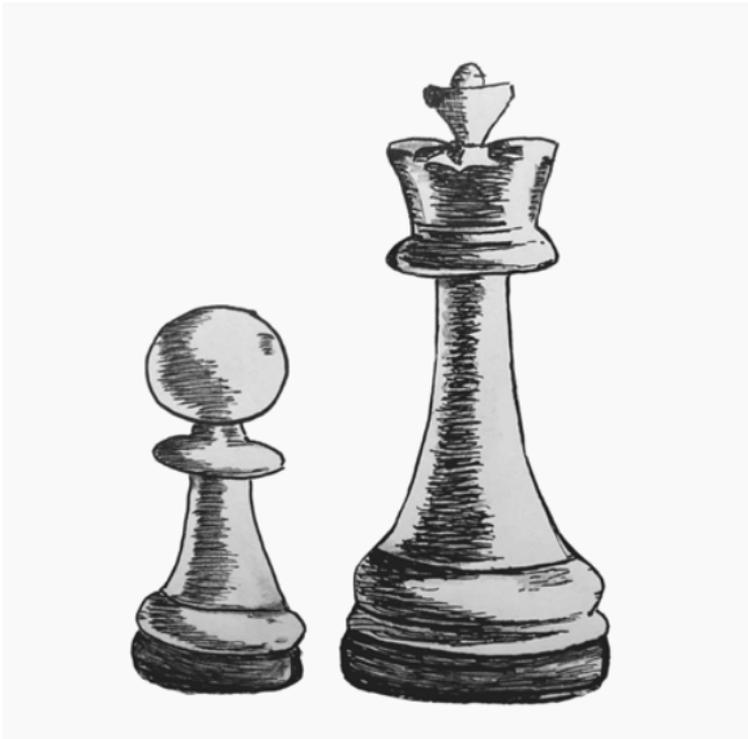


R. A. Luna Monroy

Para Jane

Cabina Número 1:

“Alicia y el Increíble Ladrillo Gravitacional”



Alicia y el Increíble Ladrillo Gravitacional

Día 1

El Profesor llegó en punto de las ocho de la mañana. Era un hombre alto y elegante. A los ojos jóvenes e inexpertos de Alicia, aquel hombre parecía haber viajado desde el pasado hasta nuestra época. Comenzaron a caminar por el parque frente a la casa de Alicia, después de que el padre de Alicia y el Profesor charlaran a solas.

Debían comenzar por los conceptos básicos, aunque el tiempo era escaso. Alicia miraba con detenimiento al Profesor, sin darse cuenta de que ya había comenzado a hablar.

—Las cosas no se *caen*, como tal —dijo el Profesor, con su voz grave y masculina—. El centro de la tierra es tan denso que tiene su propio campo de gravedad. ¿Recuerdas qué es la densidad?

—Sí —respondió Alicia.

—¿Me lo puedes explicar con tus palabras?

Alicia lo pensó un momento. Sabía la fórmula, pero también sabía que las fórmulas no lo eran todo. Sin valores con qué sustituir sus elementos, una fórmula no valía nada.

—Es... como una habitación —dijo, aún dudando de sí misma.

—¿En qué sentido? —El Profesor sacó una pipa para tabaco del bolsillo de su saco. Luego recordó que se le había pedido no fumar frente a la niña, así que la volvió a guardar.

—En que puede haber pocas personas dentro de la habitación o puede haber muchas —continuó Alicia—. Y aun así, la habitación es del mismo tamaño —Alicia aún no había aprendido a darse a entender por completo a través de la palabra hablada, pero se estaba esforzando—. Puede fumar si quiere, Profesor. No me molesta.

El Profesor soltó una risita. Alicia era muy observadora, eso era bueno.

—Gracias —dijo—, pero no debería. Son las reglas de ser tu maestro. Recuerdas la importancia de las reglas, ¿verdad?

—Son sagradas —respondió Alicia, tratando de imitar la profunda voz del Profesor.

El Profesor había tenido muchos alumnos en su vida, pero Alicia era una de las más peculiares. Era completamente honesta, sin importar lo demás.

—Así es, Alicia. Volviendo a lo anterior, si tomamos a las personas como las partículas que conforman la habitación, entonces tu analogía es correcta. Muy bien —dijo el Profesor. Alicia estaba acostumbrada a que su padre le diera una palma-

dita en la cabeza cada vez que hacía algo bien, pero el Profesor jamás hacía contacto físico con nadie—. Ahora, imagina que la habitación está tan llena de personas que ya no cabe nadie más. ¿Qué crees que sucede en esa situación?

Alicia sabía la respuesta, pero decidió seguir su lógica infantil.

—No sucede nada. Si ya no cabe nadie más, ya no cabe nadie más.

—La habitación, por su alta densidad, va a querer atraer más personas y más habitaciones. De alguna manera tienes razón: si ya no cabe nadie más, hasta ahí llega la densidad del objeto... Por ahora.

—¿Por ahora? —Preguntó Alicia—. ¿Puede haber más gente cuando ya no cabe más gente?

Alicia podía apenas ser una niña, pero sabía distinguir una contradicción cuando se topaba con una.

—Algo así, pero ese no es el punto. A lo que quiero llegar es que la habitación, que ahora está llena por completo, va a atraer más personas. Otras habitaciones.

—¿Por qué?

El Profesor lamentaba sólo una cosa de tener a Alicia como alumna, y esa era que Alicia apenas era una niña. Había cosas que no podría comprender y ambos tendrían que ser pacientes.

—Porque así funciona el universo, Alicia —concluyó el Profesor, frustrado—. Lamento no poder ofrecerte una mejor explicación, pero me temo que no tenemos tanto tiempo.

—Mmm, está bien —Alicia sabía lo que pensaban de ella por ser joven, pero estaba de acuerdo—. ¿Cuánto tiempo tenemos, Profesor?

—Me contrataron para una semana completa, Alicia —Alicia sonrió al escuchar que seguiría viendo al Profesor—. Regresando al tema, ahora imagina que la habitación llena es el centro de la tierra.

—Y nosotros somos las otras habitaciones.

—Exacto. Y el centro de la tierra nos atrae a nosotros porque nosotros somos habitaciones prácticamente vacías en comparación.

—Y pequeñitos.

El Profesor sonrió y se inclinó sobre su rodilla derecha. No era un hombre viejo, pero las canas sobre su cabeza eran tantas que Alicia no las podría contar.

—Eres extraordinaria, Alicia —dijo el Profesor—. ¿Sabes lo que es un embudo?

—Creo que sí. Es como la mortadela y el chorizo.

—No, Alicia. Esos son embutidos, otra cosa completamente distinta —El Profesor sonrió y pensó por un momento—. Ya sé. Vamos por un cono de nieve y luego te explico un poco más.

Alicia se sorprendió, hacía mucho que no comía helado. Su padre decía que era mucha azúcar para ella. Pero en ese momento, papá no estaba.

El Profesor, siendo siempre una figura seria y enigmática, se veía un tanto extraño comiendo nieve de un cono en compañía de una niña de nueve años. Parecían padre e hija, pero distanciados. Cómo si él no hubiera querido tener hijos, pero hacía el esfuerzo para aparentar lo contrario.

Alicia, por otra parte, se veía como una niña normal. Aquello era quizás lo que más inquietaba al Profesor: aquella niña, aun siendo más inteligente que el promedio, seguía siendo apenas una niña, sin noción de su capacidad.

El profesor rompió la punta de su cono y esperó un momento. Casi había acabado su nieve de chocolate, pero aún quedaba un poco.

Alicia lo miró, intentando descifrar la intención de aquel hombre.

—¿Qué hace? —Preguntó.

—Espera un momento, Alicia.

Ambos observaron atentos mientras la nieve del cono se derretía y goteaba por el agujero del fondo. El Profesor puso una servilleta debajo del cono.

—Esto es un embudo, Alicia. Una herramienta

que se usa para verter objetos, usualmente líquidos, con el fin de canalizar la salida a un orificio más pequeño que el de la entrada. ¿Comprendes a qué me refiero?

Alicia lo miró con expresión de duda.

—¿Vinimos a comer nieve sólo para que me explicara qué es un embudo? —Preguntó Alicia. El Profesor sólo sonreía. Con su bigote y barba era un poco difícil saber, pero sus ojos lo delataban: disfrutaba este momento.

—Más o menos —respondió el Profesor—. La verdad es que hacía mucho que no comía helado.

—¿Le gustó?

—Bastante, Alicia. Gracias. Ahora quiero que imagines que esta servilleta es el planeta tierra.

Alicia miró la servilleta en la mano izquierda del Profesor. Para ese momento ya habían caído algunas gotas más de nieve derretida, así que la servilleta ya era más café que blanca.

—Ya habíamos establecido que el planeta tierra es como una habitación llena de personas —continuó el Profesor—, y que, por lo mismo, el planeta atrae otras habitaciones, como nosotros.

—Como la nieve derretida.

—Así es. Como la nieve derretida en este momento. Ahora imagina que esta servilleta tuviera un campo gravitacional fuerte y que hubiera mu-

chos conos de nieve, iguales al que tengo en mi mano, pero apuntando hacia la servilleta desde todas las direcciones posibles.

—Serían muchos conos. Y mucha nieve derretida.

—Así es —continuó el Profesor—. ¿Qué crees que le pasaría a la servilleta? ¿Qué forma adoptaría?

—Se empaparía de nieve de chocolate. Se volvería una pelota de nieve derretida, ¿no? —El Profesor aún sonreía. Alicia superaba una expectativa después de la otra. Lo más impresionante era que lo hacía con una aparente falta de esfuerzo. Sólo decía lo que pensaba, sin filtro—. ¿Profesor? —Preguntó Alicia, pensativa.

—Dime, Alicia.

—¿Por qué no puedo saber su nombre?

Alicia miraba al profesor con ojos vidriosos. El Profesor se talló la frente.

—Porque es... complicado.

—¿Usted se llama Complicado? —Preguntó Alicia con sarcasmo, fingiendo una mueca de sorpresa y angustia.

El Profesor no pudo evitar soltar una risita ahogada. Alicia no sólo era su alumna más joven, sino también la más simpática por su inocencia.

—No, Alicia. La situación es complicada; compleja; difícil.

Alicia asintió con la cabeza, resignada.

—Pero usted sabe mi nombre —dijo Alicia, habiendo encontrado otra contradicción—. No es justo.

El Profesor cada vez se sorprendía más por la combinación entre la naturaleza inocente e ingenua de Alicia, mezclada con la inteligencia de aquello que yacía más allá de su fachada.

—Tienes razón, Alicia. Es algo injusto, pero es por la seguridad de todos.

—No comprendo.

—Es mejor así.

Alicia frunció su ceño. No le agradaba desconocer algo tan importante como el nombre de su maestro.

—Está bien —dijo Alicia—. Si no me va a decir su nombre, le pondré uno. Usted ahora se llama Salvador.

El profesor miró con detenimiento a Alicia. Hubo un momento de silencio en el cual Alicia dejó de mostrar un rostro molesto.

—De cariño le decimos “Sal” —continuó Alicia, sonriendo.

El Profesor ya se había hecho a la idea de sonreír cada vez que Alicia sonreía. Aunque no estaba muy seguro por qué.

—¿Por qué Salvador? —Preguntó el Profesor.

—Porque eso es lo que vino a hacer, ¿no? —La voz de Alicia se volvió seria en ese momento—. ¿Salvarlos a todos?

El Profesor se sorprendió, pero procuró que Alicia no se diera cuenta.

—Sólo soy tu profesor particular, Alicia —respondió—. Mi propósito es prepararte.

—¿Prepararme para qué?

—No lo sé —respondió el Profesor. Eso era verdad. No tenía idea de exactamente qué era lo que estaba haciendo. Sólo sabía que era importante—. Vamos, te llevaré a casa. Es suficiente por hoy.

Comenzaron a caminar en silencio hasta llegar a la casa de Alicia. El Profesor tocó el timbre.

—Hasta mañana, Alicia —dijo, antes de que el padre de Alicia apareciera.

—Hasta mañana, Profesor.

Para cuándo el padre de Alicia salió a recibir a su hija, el Profesor ya se había ido.

Apenas a unos treinta metros de la puerta principal de la casa de Alicia, justo apenas dando la vuelta a la esquina, había una cabina telefónica. El interior de la misma despedía un olor desagradable, como a orina y sudor, pero no muy recientes.

Las cabinas telefónicas llevaban ya un tiempo

sin ser necesarias, la tecnología ya las había vuelto obsoletas en su mayoría. Su uso, en opinión del Profesor, se reduciría a estratos socioeconómicos más bajos, sin acceso a telefonía móvil o internet.

Sin embargo, aquella cabina telefónica no sólo existía, sino que el teléfono en sí parecía bastante nuevo y bien conservado. El Profesor pudo distinguir que, contrario al resto de la cabina, el teléfono no tenía ni un solo dibujo obsceno ni ningún escrito o deterioro por uso. Parecía incluso que acababa de ser reemplazado, como si fuera un teléfono nuevo en una cabina vieja y sin mantenimiento.

La puerta de la cabina había sido arrancada en algún punto y uno de los vidrios del costado izquierdo estaba roto. Y, aun así, la bocina del teléfono, como el aparato telefónico en sí, se veía pulcra y como nueva. El Profesor incluso se atrevería a decir que aquel aparato de teléfono olía aún a nuevo, y no sólo en comparación al resto de la cabina.

El Profesor tomó la bocina y marcó un número de cuatro dígitos.

—La niña sabe mi nombre —dijo el Profesor en cuanto respondieron su llamada—. Lo adivinó como si se tratara de un juego.

—¿Sabe que *ese* es tu nombre? —dijo una voz masculina del otro lado de la línea.

—No lo creo; no lo sé. Procuré mantener la calma, pero esto es muy extraño. Me temo que debo saber más sobre este caso antes de proceder.

—Imposible. Todo es información confidencial y clasificada.

—No puedo trabajar así.

—Tiene qué —dijo la voz—, y tiene que darse prisa.

La persona del otro lado de la línea había terminado la llamada sin más.

El Profesor estaba enojado ante eso, pero principalmente estaba sorprendido por Alicia. Y aterrizado.

¿Quién era esa niña? Es decir, ¿quién era Alicia en realidad? ¿De qué era capaz?

Día 2

A la mañana siguiente, el profesor llegó un minuto antes de las ocho. La impuntualidad funciona a ambos lados de la hora indicada, así que decidió hacer tiempo afuera de la puerta.

“¿Por qué me asignaron a esta niña?”, pensó. No refiriéndose a por qué él, sino por qué *ella*. De todas las mentes superiores que había allá afuera, ¿qué hacía a Alicia tan especial como para que no se lo pudieran decir ni siquiera a él?

—¿Quién se supone que es usted? —dijo una voz chillante. El Profesor se dio la vuelta y vio a un niño robusto, más o menos de la edad de Alicia. Alrededor de su boca aún había rastros de comida. Su camisa estaba planchada y fajada, pero parecía que aquel niño no se había tomado la molestia de cuidarla de que la salsa de tomate no le cayera encima—. ¿Usted es el que viene a cobrar?

El Profesor se peinó la barba con la mano derecha.

—¿Cobrar qué, exactamente? —Preguntó el Profesor.

—No lo sé —respondió aquel niño mientras sacaba un chocolate de su bolsillo y le arrancaba la envoltura—. Sólo sé que mi papá no lo quiere ver cerca de aquí.

—Me temo que me confundes, jovencito —dijo el Profesor con firmeza.

El niño se metió la barra de chocolate en la boca y la tragó casi sin masticala.

—¿Entonces quién es usted? —dijo el niño con la respiración acelerada. Su camisa le quedaba apretada, como si hubiera subido de peso y no tuviera otra opción más que usar la misma ropa.

—Eso no es asunto tuyo, muchacho —respondió el Profesor, tajante.

—¿Por qué no?

El Profesor señaló la puerta de la casa de Alicia.

—¿Vives aquí? —Preguntó. El niño negó con la cabeza y señaló la puerta de la casa de en seguida—. En ese caso, te aseguro que ni tú, ni tu padre, ni nadie más de tu familia son de mi interés.

—Le diré a mi papá que está aquí —dijo el niño, al mismo tiempo en que salía corriendo en dirección a su casa. Corría lento y cansado, sus pantalones también le quedaban demasiado justos.

Antes de llegar a la puerta de su casa, el niño se puso en cuclillas y levantó una piedra cerca del borde de la banqueta. El Profesor pensó por un momento que aquel niño se la arrojaría a él. En vez de eso, el niño se preparó para lanzar la piedra y, con una puntería admirable, la arrojó hacia el otro

lado de la calle y golpeó a un gato en la cabeza. El Profesor pudo escuchar el cráneo del gato al ser golpeado por la piedra y el subsecuente grito de dolor del animal, el cual procedió a huir corriendo de la escena, lastimado.

El Profesor se consideraba a sí mismo como una persona pacífica y con una tendencia a la templanza. Sin embargo, aquel acto de crueldad le había hervido la sangre de inmediato. No recordaba la última vez que esto había sucedido.

Estuvo a punto de gritarle al niño, pero este entró a su casa inmediatamente después de la agresión, dejando al Profesor sin la oportunidad de hacer nada al respecto. Este último sólo deseó que aquel gato se encontrara bien, dentro de lo que esto cabía.

El Profesor se tomó un instante para recobrar la tranquilidad y el autocontrol que le distinguían y tocó el timbre de la puerta. El padre de Alicia abrió la puerta de inmediato. El Profesor pudo ver en los ojos de aquel hombre joven la misma duda que había notado en él mismo antes. Una duda llena de temor.

—Buenos días, Profesor —dijo el padre de Alicia.

—Muy buenos días. ¿Está lista Alicia?

—Aún no. Pero pase, por favor.

El padre de Alicia guió al Profesor hacia la sala y le pidió que tomara asiento.

El Profesor pudo advertir que las manos del padre de Alicia temblaban. Si eso fuera una constante, el Profesor lo habría notado el día anterior, pero no era así. Aquel hombre estaba teniendo una lucha interna para no perder el control de sí mismo.

Alicia bajó por las escaleras. Traía puesto un vestido azul y estaba cuidadosamente peinada. Se acercó al profesor dando saltos y sonriendo.

—Ahora lo comprendo, Profesor —dijo, emocionada.

—¿A qué te refieres exactamente, Alicia?

—La servilleta sí se volvería una pelota.

El profesor ya no compartía la felicidad de Alicia. Un miedo inexplicable y abrazador se apoderó de él. Volteó a ver al padre de Alicia.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó, alzando la voz. Alicia abrió los ojos de par en par. No había escuchado la profundidad de la voz del Profesor con tanto volumen. Se escuchó como Alicia imaginaba que se escucharía el rugido de un león—. ¿Dónde está? —Continuó el Profesor.

—En s... su habitación —respondió el padre de Alicia, tartamudeando.

—Iba a ser una sorpresa —dijo Alicia con tristeza.

El Profesor se puso de pie y se abrió paso hacia las escaleras. Normalmente habría pedido permiso, pero el miedo y la anticipación se apoderaron de él.

Abrió la primera puerta del segundo piso, un baño. Luego se dirigió a la siguiente habitación y de pronto sintió un malestar que no supo identificar. Como si algo estuviera oprimiendo su pecho.

—Mi habitación es esa —dijo Alicia señalando la puerta al fondo. El Profesor no la escuchó subir las escaleras. Alicia caminó hacia su habitación y abrió la puerta. El Profesor la siguió hasta el interior.

—Dios mío —dijo el Profesor en voz baja.

Justo sobre la cama de Alicia se encontraba el origen de su preocupación: una perfecta esfera de agua flotante e inerte, del tamaño de una pelota de tenis. En el centro de la esfera de agua había un objeto bastante más pequeño: un botón azul.

—Tenía razón, Profesor —dijo Alicia.

El Profesor se cubrió la boca con la mano y observó a Alicia. A una de las mangas largas de su vestido le hacía falta un botón.

—¿Cómo es esto posible? —Preguntó.

—No se preocupe. Me aseguré de cerrar los embudos.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Ya no va a atraer nada, a menos que se acer-

que mucho. Le puse embudos a los embudos, pero apuntando a la dirección opuesta.

—¿Cómo lo hiciste?

—No sé cómo explicarlo —dijo Alicia—, pero le puedo mostrar, si quiere.

Alicia levantó el brazo derecho y señaló la esfera de agua flotante.

—¡No! —Gritó el Profesor por instinto—. ¡Detente!

La esfera tembló en su lugar por un momento y luego dejó de moverse. Alicia volteó a ver al Profesor con curiosidad.

—¿Está bien? —Preguntó Alicia—. ¿Qué pasa?

El Profesor no podía dejar de ver la esfera de agua. Desafiaba todo aquello que conocía y que respetaba por su valor científico. Se cubrió el rostro con las manos para obligarse a sí mismo a bajar la mirada.

—Ahora soy yo el que no comprende, Alicia —respondió el Profesor con un hilo de voz.

—Si no le gusta mi sorpresa, entonces no tiene caso que siga aquí.

Antes de que el Profesor pudiera argumentar en contra, un ruido penetrante y ensordecedor emergió de la esfera de agua que contenía el botón azul de Alicia. El Profesor se cubrió los oídos,

pero para cuando sus manos lograron reaccionar a las órdenes de su cerebro, el sonido ya había desaparecido.

Alzó la mirada. La esfera ya no estaba. En vez de eso, el botón azul de Alicia había recuperado sus propiedades originales, por lo que el agua y el botón habían caído sobre la cama de Alicia. El Profesor miró la mancha de agua en la sobrecama de Alicia y suspiró.

—Genial —dijo Alicia con enojo—. Ahora debo cambiar las sábanas o pensarán que necesito usar un pañal.

El Profesor no terminaba de dar crédito a lo que acababa de atestiguar. Guardó un instante de silencio mientras determinaba qué tan real había sido todo eso.

—Alicia, prométeme que jamás volverás a hacer algo como eso —dijo el Profesor con un evidente temblor en su voz—. Necesito que me lo prometas, Alicia.

Alicia se miró los pies, apenada. Luego alzó la mirada hacia su padre, quien ya ni siquiera parecía estar presente más que en cuerpo.

—¿Papá? —Preguntó Alicia, buscando consuelo. El padre de Alicia negó con la cabeza sin verla a los ojos.

—Lo siento mucho, Profesor —dijo Alicia con los ojos vidriosos—. Pensé que le gustaría saber que comprendí su lección. Creí que se sorprendería.

El Profesor no dejaba de ver el botón azul en medio de la mancha de agua sobre la cama de Alicia.

—Estoy sorprendido, Alicia. Eso no lo puedo negar —dijo, ya con menos temblor en la voz—. Pero me temo que debo insistir en que me prometas que jamás volverás a hacer algo como esto.

—¿Por qué? —Preguntó Alicia en tono de berrinche.

—Dios nos libre de las consecuencias que eso podría conllevar.

Las palabras del Profesor parecían más para él que para Alicia. Una sentencia casi profética.

—Creí que usted no creía en Dios, Profesor —dijo Alicia, para sorpresa del Profesor—. Pero está bien, prometo no volverlo a hacer.

—Gracias, Alicia.

El profesor miró con detenimiento el botón azul que apenas hace unos momentos había tenido su propio campo gravitatorio. Se sintió tentado a tomarlo con su mano, pero el miedo se apoderó de él. Un impulso instintivo ante aquello que no podía explicarse a sí mismo, algo imposible; un milagro.

Pero los milagros eran algo en lo que el profesor no pensaba como algo racional. Además, la posibilidad de una intervención divina era parte de una ideología que el Profesor había dejado atrás desde su adolescencia.

¿Alicia se habría dado cuenta de ello? Jamás habían hablado del tema.

El Profesor sacó un bote de pastillas de su bolsillo y tragó una con su saliva. Antes de darse cuenta por completo, o tal vez sin prestar demasiada atención, ya se había despedido tanto de Alicia como de su padre y ya había salido por la puerta principal.

El Profesor volvió a la cabina telefónica. Antes de que tuviera la oportunidad de marcar el número de cuatro dígitos, el teléfono comenzó a timbrar. El Profesor levantó la bocina y la puso sobre su oreja.

—*Strike* uno, Profesor —dijo la misma voz de antes—. Sabe a qué me refiero, ¿verdad?

El Profesor tragó saliva y comenzó a apretar el puño.

—¿Qué van a hacerle? —Preguntó con voz firme.

—Lo que sea necesario, Salvador. Por ahora usted y nosotros necesitamos que le siga enseñando todo lo que usted considere prudente en los próximos cinco días.

—¿Como qué?

—Lo que sea que le pregunte, pero sea cauteloso.

—Quisiera verlo a usted en persona. Exijo más respuestas y un informe detallado de lo que sea que esté sucediendo.

—Usted sabe muy bien qué sucede, Profesor — dijo la voz al otro lado de la línea con seriedad.

—No se atreva a colgar el teléfono. Se lo advierto.

—Recuerde: *strike* uno, Profesor.

El hombre al otro lado de la línea colgó el teléfono y terminó la llamada. El Profesor se talló la frente con el dorso de la mano, estaba sudando frío.

Strike uno. No le gustó nada lo que eso podía implicar.

El Profesor regresó a la habitación de hotel que le pagaban por su visita. Esa noche, el Profesor llamado Salvador sí durmió, pero no pudo descansar.

Strike uno.

Día 3

El Profesor miró a Alicia un rato después de sentarse frente a ella en la mesa de la sala de estar.

—¿Qué tan grande es todo, Profesor? —Preguntó Alicia.

—¿A qué te refieres con todo?

Alicia lo pensó un momento.

—Todo —respondió alzando las manos y apuntando hacia sus costados, luego hacia arriba, luego abajo.

—El universo es enorme, Alicia. Si a eso te refieres.

—¿Qué tan enorme?

—Más de lo que podemos medir u observar. Me temo que esa es una pregunta para la cual no tengo respuesta —Alicia dejó caer sus brazos y miró el suelo frente a sus pies—, pero sabemos que está creciendo —añadió el Profesor al ver la tristeza en el rostro de aquella niña.

Alicia alzó la mirada para ver al hombre frente a ella.

—¿Qué hay más allá del universo? —Alicia había encontrado la pregunta que en realidad había querido formular desde el inicio.

El profesor rascó su barba y pensó muy bien sus siguientes palabras.

—No hay nada —respondió.

Alicia ladeó la cabeza. El Profesor recordaba haber visto ese mismo gesto en un perro al no comprender la procedencia de un ruido.

—¿Cómo que no hay nada? —Alicia cruzó los brazos—. ¿Entonces hacia donde crece el universo, si más allá no hay nada?

El profesor tomó su maletín y extrajo su libreta de apuntes. Arrancó una hoja y la puso sobre la mesita que lo separaba de Alicia.

—Imagina que esta hoja es el universo, Alicia.

Alicia sonreía cada vez que el Profesor hacía una analogía con algún objeto común. En algún momento le habían explicado que el Profesor era bueno haciendo eso, y que por eso era tan buen maestro.

—Nosotros estamos aquí —continuó el Profesor marcando con su bolígrafo un punto en el centro de la hoja—. La mesa representa todo aquello que no existe y que por lo tanto es la nada.

El profesor dibujó un círculo alrededor del punto que había marcado.

—Este círculo —continuó— es lo que se denomina como “universo observable”. Y es precisamente eso: lo más lejos que hemos podido observar y que, por lo tanto, sabemos que existe.

—¿Y el espacio exterior? —Preguntó Alicia—. ¿No es eso también *nada*?

—No —el Profesor dibujó un par de pequeños círculos dentro del círculo que representa el universo observable—. Imagina que esos son dos planetas en el espacio exterior. Entre ellos puede que no haya materia o energía, pero existe el espacio, es decir, la posibilidad de que haya algo. Así como en esta hoja existe la posibilidad de dibujar algo en medio de ambos planetas. Fuera de los límites de la hoja, no puedo dibujar nada más, porque no hay más hoja, ¿me explico?

—¿Entonces el espacio exterior cuenta como *algo*?

—Si lo comparamos con lo que hay más allá del universo, sí. El vacío es un espacio en blanco, y por lo tanto es algo.

Alicia se puso de pie y corrió a su habitación sin decir nada. El Profesor ya se había hecho a la idea de que Alicia no sólo tenía habilidades peculiares, sino también comportamientos peculiares.

Alicia regresó con una hoja en blanco y un lápiz. Movi6 la hoja de papel del profesor y coloc6 la suya al lado, dejando una separaci6n de dos centímetros entre las dos hojas.

—¿Es posible esto? —Pregunt6 Alicia señalando su hoja.

El profesor se talló la frente con los dedos.

—Supongo que sí es posible que haya más de un universo —respondió—, pero es sólo una hipótesis.

—¿Qué es eso?

El Profesor seguía olvidando cuan joven era su actual alumna.

—Una hipótesis es algo así como una idea que aún no ha sido comprobada y que por lo tanto puede resultar ser cierta o errónea.

—Entonces sí es posible —reiteró Alicia.

—Tal vez, pero no sería posible averiguarlo —el Profesor señaló la madera de la mesa que se asomaba en el espacio que Alicia había dejado entre ambas hojas—, porque nos estaría dividiendo la nada. De hecho, este particular caso supondría algo llamado aporía —dijo el Profesor—, lo cual, en pocas palabras, es una contradicción que no se puede resolver.

—¿Por qué no? —Preguntó Alicia con frustración y curiosidad al mismo tiempo.

—Porque si este espacio entre tu hoja y la mía representa la nada, entonces ya es *algo* —continuó el Profesor—. Y si este espacio existe y es algo, entonces no puede ser *nada*. ¿Me explico, Alicia? —Alicia se rascó la cabeza un instante—. Lamento si parece que voy muy rápido, Alicia —se disculpó el Profesor.

Sin embargo, Alicia parecía estar pensando en una alternativa. Tomó su hoja y la colocó encima de la hoja del profesor.

—¿Qué tal ahora?

—Alicia, de verdad admiro tu voluntad por aprender, pero lo que me preguntas es ajeno, no sólo a lo que yo sé, sino a lo que cualquier persona sabe a ciencia cierta.

Alicia ahora parecía más decepcionada que triste.

—Está bien.

—Lo lamento, Alicia. Pero se supone que debo enseñarte aquello que sé que existe.

—Comprendo, Profesor. No se preocupe —dijo Alicia, aún triste.

Alicia lo miró a los ojos. La mirada de Alicia no era la misma que el día anterior. Algo había cambiado, pero el Profesor no sabía qué.

El Profesor levantó la hoja de Alicia y le dio la vuelta. Alicia, en su habitación, había marcado con su lápiz un punto en el centro de su propia hoja con la inscripción “Alicia también está aquí” y una flecha señalando el punto. El Profesor no se dio cuenta de ese detalle porque Alicia había colocado la hoja con la inscripción boca abajo desde un inicio.

El punto dibujado por él y el punto en la hoja

de Alicia habían sido deliberadamente alineados, uno frente al otro, de modo que el punto que el Profesor había dibujado, que representaba el lugar donde se encontraban, así como el punto que había dibujado Alicia en su propia hoja, estuvieron frente a frente y en contacto al momento en que Alicia había hecho su pregunta.

Durante su caminata hacia el hotel, el Profesor sopesó la posibilidad de que, sin saberlo, Alicia hubiera tenido razón.

Día 4

La habitación de hotel donde el Profesor se hospedaba era excesiva en cada aspecto: demasiado grande, demasiado ordenada y demasiado ajena a su propio hogar.

El Profesor sacó su cartera del bolsillo trasero de su pantalón. Miró con detenimiento una fotografía en su interior. En la imagen había una mujer joven, recargada en un árbol. La fotografía estaba en blanco y negro y ya estaba algo desgastada y doblada por la curvatura de su cartera. Alrededor de la mujer y del árbol sólo había un horizonte y la naturaleza. Y, a lo lejos, una pequeña casa de un piso: un hogar.

Deseó poder llamarle por teléfono, pero aquello era imposible, tanto porque la diferencia horaria era tan grande que ella se encontraría dormida, como porque ella no se encontraba en condiciones de poder hablar.

“Cualquier hombre debería poder llamar a su esposa, en especial en este contexto”, pensó el Profesor. Daría lo que fuera por hablar con ella como solían hacerlo. Como si nada de esto estuviera sucediendo.

El Profesor se tocó el pecho con la palma de su

mano derecha y sintió su latir. Algo dolía. Extrajo el bote de pastillas que guardaba en el bolsillo de su abrigo y tragó una pastilla antes de salir de la habitación de aquel hotel.

Al pasar por recepción, se aseguró de mostrarse lo más agradecido posible mientras le pedía a la recepcionista que lo cambiara a la habitación más pequeña disponible en el hotel.

La recepcionista asintió con la cabeza y le aseguró que sus cosas serían trasladadas para cuando él volviera por la tarde.

El Profesor salió por la puerta principal, sin notar la expresión de preocupación en el rostro de aquella mujer mientras levantaba la bocina del teléfono y presionaba un número telefónico de cuatro dígitos.

*

Ya en casa de Alicia, el Profesor puso una caja de madera sobre la mesa y Alicia sonrió la reconocer lo que era.

—¿Ajedrez? —Preguntó.

—Así es, Alicia —respondió el Profesor—. Y no cualquier ajedrez. Este tablero y sus piezas fueron alguna vez de mi padre.

—¿En serio? —Alicia se sorprendió por lo antiguas que debían de ser.

—Sí, y lo mejor es que mi padre construyó el tablero él mismo y talló las piezas de madera una por una.

El Profesor abrió el tablero de madera y acomodó las piezas en sus respectivos lugares. Alicia acercó su cabeza y contempló con detenimiento el detalle con que cada pieza había sido tallada.

—¿En serio su padre hizo las piezas?

—Sí, mi padre era muy bueno trabajando la madera. Yo siempre estuve más interesado en los libros, pero mi padre siempre me apoyó con mis estudios. Le estoy muy agradecido por eso —el Profesor terminó de acomodar las piezas, dejando las blancas para Alicia y las oscuras para él—. Cuando él falleció, me quedé con este juego de ajedrez. Él y yo solíamos jugar seguido. ¿Sabes jugar, Alicia?

—Sí —respondió sonriendo—. Mi tutora anterior me enseñó.

—Muy bien. ¿Te gustaría jugar?

Alicia movió uno de sus peones dos casillas hacia delante, indicando que quería jugar. El Profesor correspondió la movida de Alicia y continuaron jugando.

—¿Qué libros le gustaban a usted cuando era niño, Profesor Salvador?

El Profesor se sintió algo incómodo al escuchar su propio nombre, pero procuró no externarlo mientras ganaba la primera partida contra Alicia.

—Jaque mate.

Alicia hizo una mueca de decepción. Había sido una partida muy breve.

—¿Jugamos otra vez? —Preguntó Alicia, otra vez sonriendo.

—Claro que sí, Alicia. Pero antes quisiera darte algo que traje para ti, relacionado a la pregunta que me hiciste.

—¿Un regalo?

El Profesor sacó un libro del bolsillo interior de su saco y lo extendió hacia Alicia.

—Así es, Alicia. Una edición conjunta de *Las Aventuras de Alicia en el País de Las Maravillas* y su secuela, *A Través del Espejo y lo que Alicia Encontró Allí* —Alicia abrió los ojos por completo y tomó el libro entre sus manos—. Ambos fueron, en mi niñez, dos de mis favoritos. Y ahora, me gustaría que este ejemplar se quedara contigo.

—¿En verdad? Muchas gracias, Profesor —Alicia abrazó el libro y luego se acercó al Profesor para darle un breve abrazo y luego regresar a su lado de

la mesa y del tablero.

—Por nada, Alicia. La verdad es que me recuerdas mucho a su protagonista, y no sólo por el nombre.

Alicia seguía mirando el libro, sonriente.

—¿Quieres jugar de nuevo, Alicia?

—Sí —respondió sonriendo aún más—. Y esta vez voy a ganar.

El Profesor y Alicia jugaron un par de partidas más, mismas que fueron breves y en las cuales Alicia perdió con rapidez.

—¿Qué pasa si un peón logra llegar hasta el otro lado del tablero? —Preguntó Alicia, intentando recordar.

—En caso, el peón sería coronado o promovido —Alicia asentía al escuchar la explicación del Profesor—. El peón se sustituye, ya sea por un caballo, un alfil, una torre o una reina, sin importar si alguna de estas piezas ya estuvieran en juego.

—¿Podría tener más de una reina? —Preguntó Alicia.

El Profesor se peinó la barba con un movimiento de mano, pensando.

—En teoría sí —respondió—. Sin embargo se tendría que buscar otra pieza de reina para poder jugar con dos del mismo color. No es muy común,

tanto así que mi padre no se tomó la molestia de tallar más de una reina por color.

—Me agrada eso de la coronación —dijo Alicia, asintiendo.

—¿Quisieras intentarlo?

Alicia asintió más rápido con la cabeza y comenzaron una nueva partida. El Profesor estaba dejando ganar a Alicia a propósito, permitiendo que uno de sus peones se aproximara a su meta.

—La lección del día de hoy, Alicia —comenzó a decir el Profesor mientras derribaba el peón que Alicia tanto había intentado hacer llegar al otro lado del tablero—, trata más que nada acerca de lo inevitable que puede ser la pérdida, tanto en el juego como en la vida.

Alicia miró el tablero con decepción, misma decepción que se transformó en enojo hacia el Profesor.

—¿Por qué hizo eso? Me engañó —dijo Alicia, frustrada.

—Lo lamento, Alicia. Después del libro, mi segundo regalo para ti el día de hoy es esta lección de vida.

El Profesor había hecho su jugada y esperó a que Alicia continuara con el juego, aunque sospechaba que ella ya no quería jugar más.

Alicia alzó la mano y tomó uno de sus peones. Un destello y un sonido seco y breve se apoderaron de la habitación por una fracción de segundo. Fue tan breve que el profesor apenas se dio cuenta. Vio el tablero de madera y dio un sobresalto: los ocho peones de Alicia habían cruzado el tablero en un instante. El Profesor volteó a ver a Alicia, quien sonreía con expresión de travesura. El Profesor parpadeó una vez y al abrir los ojos, los ocho peones blancos que su padre había tallado a mano se habían convertido en reinas blancas, tres de ellas amenazando mortalmente a su rey negro y, técnicamente, dándole la victoria a Alicia.

—Jaque mate —dijo Alicia, sonriendo.

—¡Alicia, no!

El Profesor dio un manotazo y aventó todas las piezas de ajedrez al suelo, para luego recogerlas arrodillado y guardarlas, tembloroso, en sus bolsillos. Volteó a todos lados, a cada esquina de la habitación, con la esperanza de que aquellos que observaban no hubieran advertido aquel acto.

—Prometiste que no lo harías, Alicia —dijo el Profesor, casi gritando—. Faltaste a tu promesa.

—Eso no es verdad, Profesor —respondió Alicia, en voz baja—. Usted me pidió que no volviera a hacer un campo gravitacional y no lo hice.

El Profesor se llevó las manos al rostro. Alicia, evidentemente, no había comprendido lo que se le había pedido.

—Hemos terminado por hoy —dijo el Profesor con preocupación.

—¿Hice algo malo? —Preguntó Alicia, volteando hacia el suelo, apenada.

—No lo sé. La verdad es que espero que no. No lo sé, Alicia —el Profesor se dio cuenta de cuan alarmante podían ser aquellas palabras para una niña—. No te preocupes, Alicia. Sólo, por favor, no hagas nada que no debería ser posible; nada que no pudiera hacer yo o tu padre. ¿Está bien?

Alicia asintió con la cabeza. Sus ojos vidriosos miraban al suelo. Dos de las reinas blancas aún yacían bajo la mesa. El Profesor las tomó y las analizó. Sólo debería existir una, la original. Ahora había ocho más, exactamente iguales. Intentó ver si podía identificar alguna diferencia entre las dos que ahora tenía en sus manos. Ambas tenían los mismos detalles, las mismas manchas y patrones en la madera, las mismas marcas de desgaste por el uso y, aún más escalofriante, la misma firma de su padre en la parte de abajo de la base. No había diferencia alguna entre las dos reinas.

El Profesor tomó sus cosas y se fue sin despedirse. Su corazón latía tan rápido y tan fuerte que no tuvo opción más que recargarse en el exterior de la puerta de la casa de Alicia un momento.

A lo lejos, el teléfono de la cabina telefónica ya había comenzado a sonar.

—No —dijo el Profesor, sabiendo que probablemente lo estaban escuchando—. No quiero escuchar nada.

Al llegar al hotel, la recepcionista se puso de pie y se acercó a él.

—Buenas tardes, Profesor —dijo, mientras le extendía una llave de habitación—. Sus pertenencias ya han sido trasladadas a su nueva habitación. Una más pequeña, como usted pidió.

El Profesor estaba sudando frío.

—Le... Le agradezco —dijo.

El Profesor tomó su nueva llave y comenzó a caminar hacia su nueva habitación.

—Por cierto, Profesor —añadió la recepcionista, ya a lo lejos—, *strike* dos.

El Profesor la observó un momento. Casi parecía tan preocupada como él mismo.

Entró en su nueva habitación y cerró la puerta con llave. Tomó una pastilla del bote y luego otra y otra más.

Esta sensación era algo que no sentía hacía mucho tiempo: dudaba de estar despierto; dudaba si lo que estaba viviendo pudiera ser sólo un sueño... o una pesadilla.

¿Y si todo esto era un sueño? ¿Y si jamás le habían contactado para viajar al extranjero de forma urgente para ser tutor de una niña de nueve años? ¿Y si jamás hubiera accedido, por más cuantiosa que hubiera sido la oferta monetaria? ¿Y si su esposa no necesitara aquella cirugía, la cual no podría pagar de no ser por este encargo extraordinario?

La respuesta era la misma: no podía saberlo.

Salvador, un hombre que había renunciado a la idea de un ser superior, no pudo evitar llegar a una aterradora conclusión, una que jamás, ni en sus más atrevidos y descabellados momentos habría podido formular: Dios existe. Dios existe y es una niña de nueve años. Y se supone que debo entrenarla y enseñarle.

Y estoy fallando.

Día 5

Salvador. Un nombre adecuado, según Alicia. Justo ahora el Profesor lo dudaba.

Después de años de sobriedad y de cuatro horas sin poder conciliar el sueño, el Profesor decidió tomar un trago. Tomó la botella de vino que el hotel le había dado de cortesía y se sirvió una copa. El hotel donde se hospedaba era el mejor que el dinero podía pagar, y sus empleadores no habían escatimado en recursos para asegurar su comodidad. Poco sabían ellos que el Profesor era, en su mayoría, una persona humilde y con poca ambición por el dinero. Sin embargo, justo ahora el dinero podía significar la vida de su esposa.

El Profesor bebió un trago de su copa e hizo una mueca de disgusto. Era un muy buen vino, pero él ya no estaba acostumbrado al sabor del alcohol. Respiró profundo y se bebió el resto de la copa de una sentada. Hizo otra mueca de disgusto y se sirvió otra copa.

“No sé qué hacer”, pensó el Profesor. Él era un erudito en física, matemáticas, psicología y medicina. Pero más que nada le fascinaba la filosofía; el amor por la sabiduría y el conocimiento, mismo amor que en más de una ocasión le había llevado

a estudiar ámbitos pseudocientíficos o difíciles de comprobar.

El Profesor llamado Salvador tenía esa dualidad de pensamiento: por una parte era admirador del método científico y la capacidad de comprobar fehacientemente y sin margen de error un pedazo de información, pero también le fascinaba la posibilidad de que algo nuevo le sorprendiera. Hipótesis sin comprobar acerca de temas cuya práctica sería difícil o imposible.

El Profesor pensaba que era realmente ahí donde yacía el verdadero amor a la sabiduría: el estudio de aquello que en algún momento podría ser comprobado y que, a veces, pareciera poco ortodoxo dedicarle tiempo de estudio o inclusive pensamiento.

Bebió con más calma su segunda copa de vino y se sirvió una tercera. Dio un trago a esta última y se detuvo en seco, aún con el cristal del recipiente en sus labios. El Profesor tenía una idea para su posición tan delicada con respecto a Alicia. Se puso de pie y se dirigió al baño. Tiró lo que quedaba de vino en su copa y en el resto de la botella por el lavamanos.

Afuera ya empezaba a amanecer, el Profesor tenía que ponerse a trabajar.

Ya no quedaba más tiempo ni más oportunidades. No existe nada después de un tercer *strike* en ningún juego, y el Profesor no podía dejar a Alicia en manos de quienes quiera que fueran sus empleadores.

Se sentó en el escritorio de la habitación de hotel y puso la foto en blanco y negro que guardaba en su cartera a un lado de su libreta. El Profesor comenzó a garabatear y a escribir hasta que se diera la hora de ver a Alicia.

*

El Profesor ya iba tarde para su sesión con Alicia. La puntualidad era algo importante para él, así que caminó de prisa. Pasó a un lado de la cabina telefónica, con la esperanza de que no timbrara el teléfono. No lo hizo, pero por la prisa que llevaba, casi se topa con el mismo niño grosero y robusto que había visto días antes.

—¡Fíjese por dónde camina, anciano! —Dijo el niño que vivía al lado de la casa de Alicia, con voz chillona y molesta—. Mi padre ya sabe que usted anda por aquí.

El Profesor lo ignoró por completo y siguió caminando, no tenía tiempo ni interés para lidiar con él.

El Padre de Alicia atendió la puerta de inmediato. En todos estos días que había visitado su hogar, aquel hombre parecía cada vez más demacrado y delgado. Sus ojos vidriosos y rojos indicaban cansancio y a la vez resignación. Le indicó que pasara y dijo que Alicia bajaría a la sala de estar en breve.

Para cuándo Alicia llegó a saludarlo, el Profesor ya se encontraba sentado frente a la mesa de la sala con su cuaderno de notas abierto.

—Hola, Alicia —dijo.

—Hola, Profesor —respondió Alicia en medio de un bostezo.

—¿Tienes sueño?

—Tuve pesadillas. Pero ya estoy mejor.

El Profesor se vio tentado a preguntar acerca de las pesadillas de aquella niña, pero decidió no abordar el tema.

—Toma asiento, Alicia —dijo—. Nuestra sesión de hoy será breve, lo prometo. Luego puedes tomar una siesta.

Alicia sonrió con los ojos entrecerrados y se sentó frente a la mesa al lado opuesto al profesor.

—¿Sabes lo que es un *déjà vu*, Alicia?

Alicia lo pensó un momento.

—Creo que no, Profesor. Lo lamento.

—No te preocupes, Alicia. Te lo explico bre-

vemente: un *déjà vu* es la sensación de ya haber vivido una experiencia actual, antes. Como si de repente recordaras que ya has vivido algo con anterioridad.

—Creo que me pasó una vez —dijo Alicia, intentando recordar—. Pero eso no tuvo mucho sentido. ¿Por qué sucede eso?

—Me alegra que preguntes, Alicia. ¿Alguna vez has visto el rollo de una película? —Preguntó el Profesor.

—¿Como en los casetes de VHS?

El Profesor se rascó la barba y lo pensó un momento.

—Algo así. ¿Alguna vez viste la cinta como tal, la que viene dentro del casete?

—Sí, y me castigaron por eso. ¿Qué tiene que ver eso con los *déjà vu*?

El Profesor abrió su libreta y comenzó a dibujar una tira horizontal para representar la cinta magnética.

—Supongamos que este es un conjunto de recuerdos tuyos. Obviamente no tenemos cinta magnética en nuestro cuerpo para almacenar memorias, pero imaginemos por un momento que así es.

—Está bien.

El Profesor comenzó a dibujar pequeñas cuadros en la tira que había dibujado.

—Cada uno de estos cuadros representa un momento dentro de tus recuerdos. Cabe destacar que la gran mayoría de ellos son tan poco relevantes que se quedan almacenados en el inconsciente y, por lo mismo, a veces no podemos recordar cosas específicas.

—¿Inconsciente? —Preguntó Alicia, sin saber a qué se refería el Profesor.

—Es todo aquello en tu mente a lo que no puedes acceder estando despierta. La explicación completa es mucho más amplia, pero por ahora dejémoslo así.

—Está bien —Alicia no se sentía con ánimos de discutir o hacer demasiadas preguntas.

—Ahora imagina que el contenido de uno de los cuadros de pronto dejara de existir —el Profesor sacó un borrador de su bolsillo y borró uno de los cuadros dibujados.

—Pensé que no se podía alterar el tiempo —dijo Alicia, ya más despierta.

—Y así es. Cuando digo que el contenido de una de las fotografías desaparece, me refiero a tu recuerdo, no a que ese momento haya sido borrado del pasado.

—¿Por qué mi recuerdo se borró? ¿Por qué ese?

—Recordemos que todo esto es una hipótesis.

Hay muchas cosas que uno simplemente no recuerda, y tengamos en cuenta que lo que estoy dibujando en esta hoja son memorias sin importancia que probablemente tu inconsciente decidió desechar.

Alicia asintió con la cabeza.

—Ahora viene lo interesante —continuó el Profesor—. Imagina que el día de hoy tu inconsciente se da cuenta de que hay un espacio en blanco donde alguna vez hubo un cuadro con un recuerdo. Como se supone que ese espacio en blanco debería contener algo, tu inconsciente lo llena rápidamente con el primer recuerdo nuevo que obtenga.

El Profesor hizo otro dibujo en el mismo lugar donde había borrado el recuerdo hipotético del pasado, y luego escribió la palabra “hoy”.

—Ya lo entiendo —dijo Alicia sonriendo—. Ahora cuando quiera ver mi película de ayer va a aparecer un pedazo de hoy.

—Así es. Esa es una de las mejores teorías acerca de la naturaleza del *déjà vu*. Una falla en el sistema, seguido por un protocolo para evitar discrepancias.

Alicia inclinó la cabeza a un lado.

—¿Un qué para evitar qué? —Preguntó Alicia, asombrada tanto por la explicación como por el vocabulario del Profesor.

—Disculpa mi lenguaje formal, Alicia. A veces se me olvida limitarlo. Te dejaré algunas definiciones por escrito para que puedas volver a ellas cuando necesites.

Alicia volvió a sonreír.

—Usted me cae muy bien —dijo Alicia.

—Y tú a mí, Alicia.

El Profesor se puso un poco nervioso y guardó silencio por un momento.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Alicia— ¿Hay algo más que quiera decirme, Profesor?

—Sí, Alicia. Pero me temo que lo que estoy a punto de explicarte sólo lo puedes usar en casos de absoluta y extrema emergencia. ¿Lo comprendes?

Alicia abrió los ojos por completo y asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas el libro que te regalé?

—Sí, *Las Aventuras de Alicia en el país de las maravillas* y su segunda parte —respondió Alicia—. Aunque aún no lo comienzo a leer, Profesor. Lo lamento.

—No te preocupes, Alicia. No es necesario que lo leas de inmediato, sólo era un regalo que quería que tuvieras —el Profesor se peinó la barba y se dio cuenta de que su corazón latía fuerte y veloz—. También mencionaste que recuerdas que no se puede volver en el tiempo.

—Sí, y usted también dijo que no se podía.

—Creo que tú sí podrías, Alicia. Pero tendrías que tener mucho cuidado —Alicia dio un sobresalto y miró al Profesor con detenimiento. Quiso hacer una pregunta, pero no pudo formularla—. Memoriza un libro entero, Alicia —continuó el Profesor—. No necesita ser justo ahora, pero necesitas memorizarlo.

—¿Todo un libro? ¿Entero?

—Sí. Y luego recítalo al revés.

—¿Cómo que al revés? ¿Palabra por palabra?

—Más complicado que eso —continuó el profesor—. Necesita ser fonéticamente —Alicia se mostró tan confundida como el Profesor esperaba que estuviera—. Eso significa que también suene al revés. Por ejemplo: la palabra “casa” se diría “asac”, al revés. ¿Me explico?

—Entiendo —respondió Alicia—. ¿Pero eso cómo me va a ayudar a regresar en el tiempo?

—Es sólo una hipótesis, pero creo que así podrías acostumbrarte a *pensar* al revés y así usar aquello que puedes hacer, para regresar un poco.

El profesor sacó una hoja de libreta doblada a la mitad. La desdobló y la puso frente a Alicia.

“Alicia está aquí”, decía la primera línea.

—Esto se diría “íca átse aicila” —continuó el Profesor.

La línea por debajo decía: “La luz que emana de ti es más fuerte que mil soles, pero la oscuridad siempre va a seguir ahí. Lo importante es permitir que siempre gane la luz”.

—¿Qué significa eso, Profesor?

—Es algo que mi esposa dijo antes de que yo viniera aquí. La verdad es que no sé qué significa o a qué se refería. Creo que esas palabras aplican más para ti que para mí —el Profesor dobló de nuevo la hoja de papel y se la entregó a Alicia—. Quisiera que intentaras memorizar esa última línea, Alicia. Sólo no la digas ni la pienses al revés aún. Quisiera dedicarle más tiempo a este tema. Por ahora hemos terminado.

—¿Ya se va, Profesor? —Preguntó Alicia, triste.

—Sí, Alicia. La lección de hoy ha terminado.

Alicia esperó un momento antes de continuar.

—¿Lo volveré a ver, Profesor?

El profesor se sorprendió al escuchar eso.

—Mañana, Alicia —respondió el profesor—. Mañana retomaremos este tema, aún nos quedan un par de días. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Sólo quería asegurarme. Lo quiero mucho, Profesor.

El profesor sonrió y se dirigió a la puerta.

—Eres una buena persona, Alicia —dijo—. Aun-

que no nos conocemos de mucho tiempo, debo admitir que me agradas mucho y podría atreverme a decir que también te quiero.

Alicia sonrió.

—Por favor descanse, Profesor. Nos vemos mañana.

—Tú también, Alicia. Hasta mañana.

—Y ya no se preocupe por la chica de la fotografía en blanco y negro —concluyó Alicia mientras subía las escaleras para ir a su habitación—. Ella estará bien.

—¿Qué dijiste, Alicia? —Preguntó el Profesor, pero Alicia ya se había ido.

Ahora que podía bajar la guardia, se dio cuenta de que le temblaban las piernas. No se sentía seguro en presencia de Alicia. Ahora comprendía por qué el padre de la niña parecía no haber dormido en una semana. Tal vez ese había sido el caso.

Salió por la puerta principal y caminó apresurado junto a la cabina telefónica. No hubo ninguna llamada entrante.

Día 6

El Profesor tocó el timbre de la puerta principal de la casa de Alicia. El padre de Alicia le atendió.

—Necesito que vea algo, Profesor —dijo el padre de Alicia, sin siquiera saludarlo.

El padre de Alicia tomó al Profesor del antebrazo y le indicó que subiera las escaleras y entrara a la habitación de Alicia.

—Lleva así desde antes de que yo despertara —dijo el padre de Alicia, señalando a su hija.

Alicia, quien se encontraba aún en pijamas, estaba sentada en el borde de la cama, sin moverse.

—¿Alicia? —Preguntó el Profesor, preocupado—. Alicia, si me puedes escuchar, por favor da una señal —Alicia no movió un solo músculo—. Vamos a recostarla sobre la cama —le indicó el Profesor al padre de Alicia.

Con cuidado, levantaron a Alicia y la recostaron sobre la cama, la cual aún estaba tendida.

—Tomaré su pulso —dijo el Profesor unos momentos después, mientras ejercía presión en el lado del cuello de Alicia y miraba su reloj de bolsillo—. Su pulso está bien. ¿Tiene un termómetro?

—Sí, iré por él.

El padre de Alicia se apuró lo más que pudo.

Mientras, el Profesor acercó su oído al pecho de Alicia. Su respiración era regular y constante. Su corazón se escuchaba normal.

—Aquí tiene —dijo el padre de Alicia, mientras le extendía un termómetro. Lo colocaron en la axila derecha de Alicia.

—Su temperatura es normal —dijo el Profesor mientras sacaba una pequeña linterna de uno de sus bolsillos, para luego hacer una prueba de reflejo en las pupilas de Alicia—. Sus reflejos reaccionan de manera normal. Cuando vine al país, no traje mi equipo médico, así que le recomiendo que la lleve a un hospital.

—No —dijo Alicia con un hilo de voz—. Vuelva mañana, Profesor.

El Profesor y el padre de Alicia intercambiaron miradas de consternación.

—¿Nos deberíamos preocupar, Alicia? —Preguntó el Profesor.

Alicia tardó un momento en responder.

—No. Vuelva mañana —respondió Alicia con tono firme.

El Profesor y el padre de Alicia salieron de la habitación y bajaron las escaleras hasta la sala de estar.

—¿Esto ya había pasado antes? —Preguntó el Profesor.

—Una vez —respondió el padre de Alicia—. Hace un par de años.

—Llame a un médico que venga a revisarla, esto no es nada normal —el Profesor sacó un pedazo de papel y escribió el número telefónico de su habitación de hotel—. Por favor, llámeme en cuanto sepa qué sucede. No estoy lejos de aquí, puedo venir de inmediato.

—¿No gusta quedarse un rato? —Preguntó el padre de Alicia, buscando apoyo en él.

—Lo lamento, necesito averiguar algunas cosas. Creo que puede ser urgente.

El Profesor se despidió y se dirigió de prisa a la cabina telefónica. Marcó el mismo número de cuatro dígitos, pero esta vez nadie atendió su llamada. Lo volvió a intentar una vez más, sin éxito. Lo intentó una última vez y luego colgó el teléfono.

Permaneció viendo la máquina de teléfono un momento y la frustración se apoderó de él.

—Sé que me escuchan —dijo a la máquina de teléfono, como si se tratara de una persona—. Alicia no hizo nada más. Si le hicieron daño... —Luego el Profesor recordó que realmente no sabía qué podría hacerles a sus empleadores. Nunca le habían compartido información alguna de contacto. Sólo un número de cuatro dígitos al cual marcar para comunicarse.

El Profesor apretó los dientes y le dio un sólido puñetazo a la máquina de teléfono. Luego otro y otro más. Sus nudillos no sangraron, pero se inflamaron un poco.

El profesor regresó a su habitación de hotel, esperando la llamada del padre de Alicia, misma que jamás llegó.

Día 7

El Profesor sintió una punzada en el pecho, cada vez era algo más frecuente. Tomó su medicamento y se vistió. Salió por la puerta de su habitación de hotel. Todo estaba muy silencioso; parecía no haber nadie en el edificio, aunque las luces estaban encendidas.

Durante su camino hacia la casa de Alicia advirtió que no había tráfico en lo absoluto, ni gente caminando. Sólo un silencio que cortaba el viento mientras fluía. Hacía más frío que el día anterior, pero no demasiado.

Llegó a la puerta de la casa de Alicia y tocó el timbre. La puerta se abrió y el Profesor miró con detenimiento a la persona que había abierto la puerta: era Alicia. Se veía distinta al resto de la semana, pero el Profesor no podía identificar por qué.

—Buenos días, Profesor —dijo Alicia. Su voz era la misma, pero había algo diferente en ella—. Pase, por favor.

—Buenos días, Alicia. Gracias.

Tomaron asiento frente a la mesa de la sala de estar. Alicia observaba con detenimiento al Profesor, admirando cada detalle de su rostro. Miraba

sus anteojos, su bigote, su barba. Lo veía como si apenas lo reconociera.

—¿Pasa algo, Alicia?

Alicia sonrió y negó con la cabeza.

—Nada en lo absoluto —respondió Alicia—. Es sólo que lo extrañaba mucho, Profesor.

El Profesor sonrió, pero también arqueó las cejas.

—Apenas fue ayer que te visité por última vez, Alicia —dijo—. Por cierto, ¿ya te sientes mejor?

—Sí, Profesor. Sólo necesitaba un poco de tiempo a solas.

El Profesor volvió a notar el silencio entre las palabras de Alicia y las suyas. Parecía como si, aparte de Alicia, no hubiera nadie más en la casa o el vecindario.

—Disfruté mucho el libro que me dio, Profesor —continuó Alicia—. El sinsentido del autor me causa más gracia cada vez. Me intriga lo que aquel hombre pudo haber pensado en sus momentos de soledad. Su inspiración para crear algo tan desapegado a la realidad y a la vez tan sencillo como para que cualquier persona pueda comprender lo que dice.

El Profesor llevó su mano a su barba y comenzó a peinar su bigote desde las comisuras de los labios

hacia abajo. Alicia hablaba no sólo con un lenguaje mucho más articulado, sino que su voz también sonaba menos infantil.

—Lewis Carroll era un matemático, Alicia —dijo el Profesor—. En su época fue, probablemente, más conocido por eso que por su ficción. Al menos en el ámbito académico.

—Lo sé, también tuvo una relación más que peculiar con su propia Alicia —Alicia se puso de pie y se acercó al librero—. No estoy de acuerdo con ese detalle, pero procuro separar a la obra del autor —Alicia tomó un libro y lo puso sobre la mesa, frente al Profesor—. En lo personal, mi favorito siempre ha sido *A Través del Espejo y Lo Que Alicia Encontró Allí*.

El Profesor abrió los ojos de par en par. El libro frente a él era el mismo que él le había regalado a Alicia, sólo que este se veía muy usado y desgastado, casi como si fuera un libro antiguo. El lomo estaba parcialmente roto por el uso y el canto daba a notar el color amarillento que adquirirían las páginas con el tiempo.

—Le agradezco mucho su regalo, Profesor, pero considero que los buenos libros deben permanecer con las personas que mejor los merecen. Además, si lo leo un vez más, creo que seré yo la que termine por enloquecer más que el sombrerero.

Alicia sonrió ante su propio comentario. El Profesor abrió la boca para hablar, pero nada salió. Alicia lo notó y tomó su mano entre las suyas.

—No se preocupe, Profesor. Volveré en seguida.

Alicia subió las escaleras hacia su habitación, dejando al Profesor, no sólo boquiabierto, sino en completa perplejidad.

El Profesor tomó el libro frente a él y lo examinó. No podía ser el mismo que le había dado a Alicia, simplemente no podía serlo. Pero lo era. La misma edición y los mismos detalles de uso que tenía cuando él mismo se lo entregó a Alicia. Era el mismo libro, pero ahora parecía una reliquia.

En medio del libro sobresalía un pedazo de papel. El Profesor abrió el libro con cuidado y tomó la hoja de papel que separaba las páginas, era una hoja casi tan amarillenta como el resto del libro: era la misma hoja que él le había entregado a Alicia, pero igual de deteriorada que el libro; la hoja con la cita de su esposa. Pero además de eso, ahora había más texto escrito por ambos lados.

El Profesor sintió curiosidad, así que leyó lo que estaba escrito:

*

Recita al revés un libro entero. De memoria.
Sin errores.

Cada palabra. *Fo-ne-ti-ca-men-te*. Eso quiere decir que lo digas como suena y no como está escrito. Así puedo regresar, pero esto a veces crea problemas, ¿verdad? Cualquiera cosa puede entrar en un agujero negro, pero no se puede direccionar o predecir la salida. Ni siquiera estamos seguros de que haya una, según mi profesor. Muchas cosas han sido absorbidas por agujeros negros.

Recitar un libro entero. Creo que ni siquiera he leído un libro entero y yo solita. Mucho menos poderlo recordar todo. *Tú puedes, sólo concéntrate*. Ayuda mucho hablar conmigo misma.

Soy Alicia, por cierto. Como la del país de las maravillas, pero de cabello negro.

Es lo mismo de siempre, pero del final hacia el inicio. *Podemos con esto, Alicia. Podemos hacerlo*.

No pasa nada, ni siquiera un chasquido. Por lo general truena el espacio a mi alrededor cuando intento hacer algo fuera de las reglas, pero justo ahora no pasa nada. Mis tímpanos no duelen, no hay *flash* de luz, no hay cosas destruidas. Nada.

Las reglas del universo son sagradas, según mi profesor. Aunque pueden ser dobladas, es-

quivadas o cambiadas por completo, si sabes cómo hacerlo. Un abogado sería muy bueno en mis zapatos, pero yo no soy abogada. De hecho, ni siquiera acabé la primaria. No porque no quisiera, sino porque hice que la densidad del edificio de la escuela fuera tan baja que las personas del segundo piso atravesaron el suelo. Hubo bastantes heridos. Papá nunca me dijo si hubo muertes. Ojalá que no. Tenía siete años y estaba enojada, no sabía lo que hacía.

Pero bueno, ¿por qué estaba diciendo esto? ¡Ah, sí! Un abogado sería bueno dándole vueltas a las leyes universales.

Aún recuerdo cuando hice El Increíble Ladrillo Gravitacional. Esa cosa casi me mata. A veces creo que lo hizo por un momento. De hecho, sólo era medio ladrillo. La verdad no quiero ni pensar qué habría pasado si aquel ladrillo rojo no hubiera estado ya partido por la mitad.

El hijo de los vecinos, que en esa época tenía mi edad y era un niño robusto y grosero, un día me amenazó diciéndome que me partiría la cabeza con ese ladrillo si no le daba un beso en la mejilla. Siempre me he preguntado qué pasaría si mi cabeza se partiera. Tal vez el espacio a mi alrededor de verdad tronaría. Quién sabe,

supongo que nunca lo sabré.

¿De que hablaba? Oh, sí: el vecino malvado, sí. Y El Increíble Ladrillo Gravitacional.

¡Uff! Pensé que si aumentaba la densidad del ladrillo lo suficiente, las pequeñas partes que lo conformaban se juntarían tanto que el ladrillo encogería. Lo malo es que olvidé por completo que prometí ya no hacer cosas como esa.

El caso es que le dije al vecinito malvado que jamás besaría su mejilla; que podía intentar partir mi cráneo en mil pedazos y que aun así nunca lo besaría. Que preferiría besar a una vaca, o a una lagartija, o a una de esas cosas que fingen estar muertas cuando se asustan. ¿Cómo se llamaban?

Pero entonces el niño dijo algo así como “está bien, niña, si así lo quieres”, y tomó el ladrillo. Yo pensé: “realmente lo voy a asustar si hago que el ladrillo sea tan denso y pequeño que ni siquiera lo pueda ver. Va a creer que tengo súper poderes; que puedo hacer desaparecer cosas, como en los cómics”, pero, después de todo lo ocurrido, creo que no fue una buena idea. Un momento después, ese niño dejó de existir en este universo.

El pequeñísimo ladrillo comenzó a tener

su propio campo gravitatorio. Es decir, todas las cosas tienen uno, pero este ladrillo tenía algo distinto; algo mucho más fuerte. No me di cuenta al inicio, pero las pequeñas cosas que conformaban el ladrillo se estaban transformando en cosas mucho más densas y pesadas. Y esas cosas diminutas parecían multiplicarse mientras yo siguiera pensando en ello. El ladrillo seguía siendo diminuto en la mano del niño, pero sus características físicas habían cambiado por completo. Los elementos y la cantidad de ellos ya no eran los mismos.

Quise desviar mi mente para que todo aquello se detuviera y de pronto vi, muy a lo lejos, una cosa pequeña. Tendría el tamaño de un grano de arena, si mucho. Esa cosa se encontraba en los bordes del dibujo del Profesor; en una de las esquinas, lejos de lo observable. Sin querer, comencé copiar las características de aquel grano de arena y las puse en el ahora pequeñísimo ladrillo que aún estaba en la mano del vecino malvado.

Luego, el universo me regañó y el cielo volvió a tronar muy, pero muy fuerte: un agujero negro, me habían advertido, haría un agujero negro si hacía lo que me dijeron que no hiciera

y que justo acababa de hacer.

El Ladrillo estaba fastidiando el tiempo a su alrededor, así que me di un momento para pensar bien las cosas e intentar revertir lo que había hecho. No recuerdo cómo lo hice, pero el Increíble Ladrillo Gravitacional, que ahora era un pequeño agujero negro, debía irse a otro lado. Me lo tenía que llevar lejos, muy lejos de la tierra.

Y ahí lo dejé conmigo, en lo que se me ocurría qué excusa inventar respecto a eso. ¿Pero una excusa para quién? Mi profesor ya no estaba. Ni mi papá. Ni la tierra. Ni nadie. Ni nada.

Lo bueno es que aún recuerdo la última lección de mi profesor: si pienso al revés por completo, puedo hacer que el tiempo vaya hacia atrás. Puedo hacer algo que escupa todo lo que se tragó el agujero negro. Incluyendo al niño grosero que vivía en la casa de enseguida. Podía hacer un agujero blanco.

Recita al revés un libro entero de memoria y sin errores. Sencillo, ¿no?

Ahora sólo necesito sacar de mi bolsillo la nota que me dio el Profesor, creo que puedo comenzar por ahí.

“La luz que emana de ti es más fuerte que

mil soles, pero la oscuridad siempre va a seguir ahí. Lo importante es permitir que siempre gane la luz.”

Ahora, al revés.

*

El Profesor dejó caer la hoja de papel a la mesa, sin darse cuenta de que Alicia ya había regresado.

—Yo nunca te enseñé acerca de los agujeros negros —dijo el Profesor—. Pensé en hacerlo, pero no tuve tiempo.

—Sí lo tuvo, sólo no esta vez —respondió Alicia.

—¿Esta vez? ¿Cómo que esta vez? —Preguntó el Profesor con los ojos abiertos por completo. Alicia desvió la mirada. El Profesor cayó en cuenta de lo que estaba ocurriendo. Volteó a ver el suelo mientras la realización de todo aquello caía con un peso enorme sobre su mente. Un sentimiento de impotencia y fragilidad se apoderó de él—. ¿Cuántas veces hemos hecho esto? —Preguntó, alzando la voz a cada palabra y poniéndose de pie—. ¿Cuántas veces he venido a este país? ¿Cuántas veces ha enfermado mi esposa? ¿Cuántas veces he venido a ser tu Profesor?

Alicia miró al Profesor sin cambiar de semblan-

te, casi como si ya esperara esas preguntas.

—¿Seguro que quiere saber, Salvador?

El Profesor dudó por un momento. Alicia hablaba con un tono serio y aparentemente sin temor o preocupación, a pesar de que el Profesor hasta este punto casi estaba gritando.

—Sí —respondió el Profesor—. Creo que merezco una respuesta; una explicación.

—Cientos —dijo Alicia con seriedad—. Cientos y cientos de veces —el Profesor sintió un pesar en un corazón. Por un momento pensó que iba a desmayarse—. Si le sirve de consuelo, cada vez lo hace mejor.

El Profesor sintió una punzada en el pecho y un hormigueo en el brazo izquierdo. Sin embargo, aquello pasó a segundo plano ante el pensamiento que ahora inundaba al Profesor.

—Dime algo, Alicia —dijo, batallando ya para hablar—. ¿Cuántos dígitos tiene el número de veces que hemos hecho esto?—. Alicia sonrió al darse cuenta de que el Profesor por fin parecía comprender más la situación.

—Cuatro, Profesor —respondió Alicia—. Cuatro dígitos.

El Profesor tomó asiento sobre una de las sillas del comedor, misma que parecía ya haber sido aco-

modada para él. Le costaba comenzar a hablar de nuevo, pero se esforzó:

—¿Cuántas veces más faltan? —Preguntó al fin—. ¿Cuántos intentos más?

—Ninguno —respondió Alicia—. Lo hemos logrado, Profesor.

—¿Qué hemos logrado exactamente, Alicia?

—Evitar el *strike* número tres, desde luego —respondió Alicia, entusiasmada—. El denominado “increíble ladrillo gravitacional”. Aquel impulso infantil que acabaría con *todo*.

El Profesor abandonó su semblante de sorpresa. Ahora era más la decepción lo que le aquejaba.

—¿Eso es todo? —Preguntó, ya sin alzar la voz.

—¿Le parece poca cosa, Salvador?

—Suenas más a qué querías salvarte a ti misma de la soledad eterna que representaba la *nada*.

Alicia hizo una mueca de disgusto, luego de comprensión.

—En parte tiene razón, debo admitirlo, pero no es sólo eso.

—¿Qué más hay, Alicia? —Preguntó el Profesor con molestia.

—Aún hay cosas que debo hacer.

—¿Cómo qué?

—Un mundo mejor.

El Profesor, a pesar de su propio malestar físico, seguía hablando con indignación ante lo que estaba escuchando.

—Ya lo comprendo, han sido seis días para crear tu pequeño mundo —dijo el Profesor con desdén—. Ahora, en el séptimo, descansarás mientras te rebajas a hablar conmigo, ya habiendo hecho tu versión de un mundo mejor —el Profesor tosió tres veces seguidas antes de continuar—: Un mundo a tu semejanza, me imagino. Con tus reglas, tu manera de pensar y de actuar.

—No, Profesor. En eso se equivoca —interrumpió Alicia—: Un mundo a la semejanza de usted. Un mundo en el cual personas de buena voluntad pudieran tener la virtud de la esperanza. Un mundo donde cualquier persona pudiera tener la oportunidad de hablar con su pareja al menos una última vez. Un mundo donde inclusive las criaturas más pequeñas pudieran tener una oportunidad de recibir ayuda, de protegerse y valerse por sí mismas, a pesar de la crueldad humana y la enfermedad. Un mundo donde, inclusive una niña pequeña e inocente, pudiera tener acceso a la comprensión del universo.

El Profesor abandonó su expresión de enojo y regresó a la intriga y al cansancio por el dolor físico.

—Lo lamento, Alicia —dijo el Profesor, ya agotado mentalmente—. Me temo que no comprendo.

—No es necesario —dijo Alicia mientras ayudaba al Profesor a erguirse—. Vuelva a casa, Salvador. Olvide todo esto, vaya con su esposa —Alicia abrió la puerta principal de su casa—. A usted le quedan 16 buenos años de vida. A ella le quedan 22. Ella sobrevivirá al cáncer. Por favor, deje de preocuparse por eso. Aproveche el tiempo. Viva.

—Te equivocas, Alicia. Estoy muriendo justo ahora y mi esposa también. Podría estar con ella disfrutando nuestros últimos momentos juntos, pero aquí estoy, siendo sólo un peón más en un juego de ajedrez que sólo juegas tú.

Alicia alzó el brazo hacia el pecho del Profesor y el dolor desapareció al instante. El hormigueo en su brazo izquierdo se desvaneció y su temblor se detuvo. El Profesor palpó su ritmo cardíaco: todo estaba en orden. Luego comprendió algo más; algo que había obviado hasta ahora.

—La voz del otro lado de la línea del teléfono... eras tú —dijo.

Apenada, Alicia asintió con la cabeza.

—Por favor comprenda —dijo Alicia—, usted era la única persona que me podía ayudar. La única en todo el espaciotiempo. Le aseguro que busqué.

—Me siento usado; utilizado.

—Para nada. Usted salvó tanto el *todo* como la *nada*. Usted es la persona más importante en la historia del cosmos. De lo que fue, es y alguna vez será.

—¿Y dónde quedas tú entonces, Alicia? —Preguntó el Profesor, negando con la cabeza—. ¿No eres tú más importante?

Alicia sonrió al darse cuenta de que el Profesor, tan brillante como era, aún no comprendía la situación en su plenitud.

—Le agradezco mucho su ayuda, Profesor —dijo, sin responder—. Su trabajo aquí ha terminado. Vuelva a casa.

Y el Profesor lo hizo. Después de cientos y cientos de intentos fallidos, por fin podía regresar a casa con la mujer que amaba. Podía haberse quedado un rato más con Alicia, pero el Profesor también había llegado a la conclusión de que su trabajo por fin había concluido. Volteó a ver a Alicia una última vez y observó la sencillez e inocencia que había reflejado al momento de conocerla. En ese último instante, Alicia parecía haber regresado a ser sólo una niña de nueve años, tan llena de vida y curiosidad como lo que el Profesor recordaba de ella.

La soledad que ese día había inundado las calles se disipó, así como el silencio. Las cosas parecían haber regresado a su normalidad. El Profesor se fue sin despedirse de Alicia, como si aquello fuera ya innecesario. Un sobre amarillo le esperaba en la cama de su habitación de hotel: su pago por las lecciones a Alicia. Un monto nada modesto por su labor, aunque sumamente mínimo en comparación a lo que realmente había llevado a cabo.

Durante el largo viaje a casa, el Profesor no pudo evitar tener la sensación, nuevamente, de que todo aquello bien podría haber sido un sueño, tal vez una serie de alucinaciones. El Profesor incluso consideró dudar de su bienestar psicológico. Aún era algo joven para presentar demencia en toda su plenitud, pero no era imposible.

Al llegar a casa, el Profesor no dijo nada. Sólo se acercó a su esposa y la abrazó, como si llevara décadas sin verla. A pesar del pronóstico nada prometedor, ella se veía mucho mejor. Prometieron jamás volver a separarse. El Profesor contó su historia con Alicia, pero decidió omitir el séptimo día, como si no hubiera sucedido. La duda de que así hubiera sido rondó por la mente del Profesor durante mucho tiempo.

16 años después, durante su último estertor de

vida, el Profesor pudo caer en cuenta que la vida misma lo había puesto a prueba. Y tuvo éxito en este, su último intento.

Y, mientras su esposa le tomaba la mano en su lecho de muerte, el Profesor sonrió y sintió un alivio al cerrar sus ojos por última vez. Sabiendo que, si fuera a tocar el timbre de la casa de Alicia, ella ya no necesitaría su ayuda, pues ella ya había tenido todas las herramientas necesarias, tanto para vivir una vida plena y normal, como para ella misma hacer un mundo en el que, aun existiendo oscuridad, la luz siempre pudiera tener la oportunidad de ganar.

**Cabina Número 2:
“Oficina Transatlántica
de Atención a Usuarios”**



Oficina Transatlántica de Atención a Usuarios

El indicador de abrocharse los cinturones se iluminó y el capitán se comunicó con los pasajeros:

—Buenas tardes, les habla su capitán. Durante los próximos minutos estaremos experimentando un poco de turbulencia, así que les suplicamos, de la manera más atenta, que se abrochen los cinturones de seguridad como les instruyeron al abordar. En caso de tener complicaciones al hacerlo, favor de pedir asistencia a alguno de los sobrecargos. Nuevamente les recordamos que en *Aerosafe* su seguridad es nuestra prioridad.

Ilya se abrochó el cinturón y se preparó para el movimiento súbito de la turbulencia. Sus manos sudaban desde antes de abordar, pero ahora el sudor era frío y bajaba por su frente y espalda.

Ilya Torres sufría de ansiedad crónica y, justo al llegar al aeropuerto, se había percatado de que había olvidado tomar su medicamento para eso.

Comenzó a hiperventilar. No se dio cuenta, pero sus uñas se marcaban cada vez más en las palmas de sus manos mientras apretaba los puños. Las náuseas se apoderaron de él y su ritmo cardíaco se aceleraba a cada segundo. Ilya no era ajeno a la posibilidad de los ataques de pánico, pero esto

era distinto: ahora tenía un buen motivo para estar aterrorizado.

A lo lejos, una de los sobrecargos perdió el equilibrio y cayó sobre dos de los pasajeros de las primeras filas. La mujer sentada detrás de él comenzó a llorar mientras el avión vibraba y se mecía en el cielo. La luz de un rayo se hizo visible a través de las ventanillas al momento en que la tormenta empeoraba más.

Ilya pensaba en su esposa y en la falta que le hacía en ese preciso instante. Ella era quien lo tranquilizaba en momentos como este. Pero ella no había podido viajar con él, así que Ilya pasó por ese miedo indescriptible entre un montón de gente ajena a él.

Las pupilas de Ilya se dilataron y él cerró los ojos por la sensibilidad a la luz. Las náuseas empeoraron, pero el hormigueo en sus extremidades le llamaba mucho más la atención. Sentía el calor en sus brazos y piernas, como si su cuerpo quisiera huir, instintivamente, de algo de lo cual no podía escapar.

Escuchó al único bebé a bordo llorar a todo pulmón, y continuó viendo lo que, de primera instancia, parecía una serie de relámpagos provenientes de la tormenta. Sin embargo, estos no hicieron rui-

do alguno y carecían de sombra dentro del avión. Fue en ese instante en el que Ilya se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse. Su mirada se llenaba de destellos al momento en cerró los ojos para entrar a un estado de profunda inconsciencia.

Aquel vuelo transatlántico pronto se convertiría en la tragedia estadísticamente improbable, más no imposible, del viaje aéreo. Los nombres de los pasajeros y de toda la tripulación pronto se volverían noticia y se harían públicos por los medios de comunicación.

Ilya Torres cesó de existir aún estando inconsciente, lo cual se podría considerar como una bendición. El estruendo del impacto fue ensordecedor, pero quienes pudieron escucharlo, lo hicieron por apenas una fracción de segundo.

No hubo sobrevivientes.

*

El involuntario impulso por abrir los ojos lo sobresaltó. El iris café oscuro de la materia gelatinosa que antes había conformado sus ojos, entreabiertos ahora por la falta de esfuerzo, lo miraba fijamente. Era como verse en el espejo, sólo que este espejo le mostraba a Ilya cómo se veía su cadáver flotando bocabajo sobre un mar superficial.

Aquel cuerpo, que alguna vez le perteneció a Ilya, continuó flotando. Ya habiendo visto la realidad de su situación actual, Ilya comenzó a descender.

El mar superficial terminó por depositarlo apenas unos siete u ocho metros por debajo del cúmulo de escombros y cuerpos que habían pertenecido a la tripulación y a los pasajeros. Ilya volteó a su alrededor y vio a algunos de sus compañeros descendiendo justo después de reconocer y mirar los ojos de sus restos mortales. Se podría decir que Ilya tuvo suerte, es decir, su cuerpo se encontraba prácticamente intacto. Algunos otros pasajeros tuvieron el infortunio de tener que reconocer la muerte a través de la visualización de un cadáver en pedazos, o prácticamente irreconocible como algo humano.

Ilya se sacudió e intentó reconocer su apariencia actual en relación con sus nuevos compañeros viajeros. Alrededor de él, a apenas a unos metros, los demás pasajeros y la tripulación descendían a su propio ritmo. Hubo algunos suspiros y uno que otro grito ahogado de sorpresa. Hombres, mujeres y niños abandonaron sus restos para volverse compañeros de Ilya en este nuevo plano.

Ilya pensó en el bebé llorando y se preguntó

cómo haría una mente tan joven para comprender aquello, si ni siquiera él lo comprendía del todo aún. Volteó al rededor y no pudo ver ninguna forma pequeña. Los niños y el bebé se veían ahora como todos los demás: siluetas de una vida, corta o larga, pero sólo siluetas. Ahora todos eran iguales.

El turquesa grisáceo de lo que se sentía aún como sus manos, se perdía y se confundía con el horizonte. Ilya pensó que si no hubieran caído en un mar superficial de día, todo aquello se vería en completa oscuridad.

—Buenas tardes —dijo una voz femenina. Hizo un sonido que otrora habría sido descrito como el de una mujer aclarando su garganta—. Para aquellos nuevos usuarios que nos acompañan, me presento: el día de hoy seré su guía. No hay un nombre que les pueda compartir, entonces pueden referirse a mí simplemente como “guía”. Les suplico formen una fila detrás de mí y me sigan, que es un viaje largo.

La guía parecía cargar una linterna de petróleo, pero no estaba encendida. “¿Cómo podría, estando dónde nos encontrábamos?”, pensó Ilya.

La fila de nuevos compañeros usuarios no se hizo esperar y al poco tiempo todos comenzaron su marcha. No había pasado mucho tiempo desde

el accidente, o al menos eso le pareció a Ilya, pero el tiempo y la distancia parecían ya cosas aún más difíciles de comprender que su propia existencia en ese momento.

Se hizo de noche y la lámpara de la guía se encendió poco a poco a medida en que el sol se iba poniendo. Pronto, ya era la única luz que iluminaba el camino, hasta que hubieron llegado a su destino.

—Por favor, tomen asiento —dijo la guía. Ilya no se dio cuenta cuándo entraron, pero ahora se encontraban todos en una sala de espera, con filas y filas de asientos.

El fondo del mar superficial aún se sentía y se veía como arena clara, pero ahora todo estaba muy iluminado, como si hubiera un techo con muchos focos blancos. Pero no había techo y, definitivamente, no había focos. Sólo se trataba de la forma en que Ilya podía comprender y abstraer la situación. Un letrero parecía flotar sobre la entrada: “Oficina Transatlántica de Atención a Usuarios Post Mortem”. Ilya lo leyó y sintió el peso del agua fluyendo alrededor y a través de él. Era el peso de una realidad que él mismo no quería asimilar como propia.

Ilya tomó asiento junto a alguien que ya se había encontrado en esa sala desde antes de que él y sus nuevos compañeros llegaran.

—Buenas tardes —dijo Ilya, pensativo—. O buenas noches, creo. No lo sé.

—Ya no importa la hora del día, caballero —dijo la figura sentada a su lado, con una voz grave y rasposa, aunque aún femenina—, sin embargo le saludo de regreso. Acaba de llegar. Lamento su pérdida.

—Sí, yo y algunos otros. Gracias, yo también lo lamento —Ilya lo dijo tanto por ella como por sí mismo.

—¿Pudo despedirse? —Preguntó la figura. Si Ilya aún tuviera cejas, habría levantado una en señal de confusión—. De su cuerpo, quiero decir —continuó—. ¿Se pudo despedir?

—No, de hecho no —respondió Ilya—. Sólo vi sus ojos; mis ojos —aquel recuerdo parecía haber ocurrido hacía semanas o meses. Tal vez había sido así—. ¿Tiene usted un nombre? El mío es Ilya.

—¿Ilya? —Preguntó la figura, dudando en cómo pronunciar aquel nombre.

—Sí. Como en “familia”. Es un nombre heredado.

—Si alguna vez tuve un nombre, ya no lo recuerdo, señor Ilya —respondió la figura sentada a su lado—. Pero recuerdo más o menos cómo sonaba, era algo así como Elena. Puede llamarme así, si gusta.

—Está bien. Un gusto en conocerte, Elena.

—Igualmente, Ilya —dijo Elena. Ilya pensó en preguntar cuánto tiempo llevaba Elena sentada en aquella sala de espera, pero pronto se dio cuenta de lo inútil de su pregunta. Ni siquiera él sabía cuánto tiempo llevaba ahí sentado—. Tiene que esperar a que le nombre —continuó Elena—. Ella sabe su nombre completo, sólo procure recordarlo para cuando le llame.

—¿Ella quién? —Preguntó Ilya.

Elena alzó lo que aún parecía una mano, y apuntó hacia donde se encontraba una serie de escritorios alineados. Sólo uno de aquellos escritorios estaba ocupado por alguien, Ilya notó que se trataba de la figura femenina que había sido su guía. Miró a su alrededor y todo aquello le recordó a la estructura de un banco o una oficina burocrática. Aún estaba bajo la sospecha de que todo a su alrededor sólo era la manera en que él podría interpretar aquella escena.

—¿Cómo vas a saber cuándo te llamen, Elena? —Preguntó Ilya—. Es decir, tomando en cuenta que ya no recuerdas tu verdadero nombre.

Elena habría sonreído si aún tuviera boca o expresión facial.

—Exacto, señor Ilya —respondió Elena—. Creo que llevo esperando en vano por algo que tal vez

llegó hace mucho tiempo.

—¿No puede preguntarle a ella si ya le nombró?

—Podría, pero tampoco recuerdo el número de mi vuelo o mi nacionalidad. Mucho menos mi fecha de nacimiento o el idioma que hablaba en vida.

Ilya cayó en cuenta de esto último. Ya ni siquiera sabía si estaba hablando español con Elena. Pero se entendían mutuamente, entonces tal vez el idioma ya formaba parte de la lista de cosas que habían pasado a dejar de importar.

—¿Debo proporcionar toda esa información? — Preguntó Ilya.

—Si quiere realizar una llamada, así es.

—¿Una llamada? — Preguntó Ilya, sintiéndose afortunado de haber tomado asiento junto a Elena, quien podía disipar sus dudas.

La silueta verde-azul que conformaba a Elena volvió a alzar una de sus protuberancias y señaló en dirección a una parte lejana, más allá de los escritorios. Ilya reconoció aquella cosa como una cabina telefónica. Sin embargo, en vida jamás había visto una cabina como aquella. Era una caja de cristal con estructura naranja y diseño anticuado para la época. De hecho, toda aquella oficina le era ajena a lo que conoció en vida. Ilya recordó que su avión se dirigía a Inglaterra, entonces parecía lógi-

co que aquel lugar y sus objetos tuvieran un diseño británico y, por lo mismo, extraño desde su perspectiva anteriormente mexicana.

—¿Podemos realizar llamadas desde aquí? — Preguntó Ilya, por primera vez genuinamente asombrado.

—Sí —respondió Elena—. Es un servicio relativamente nuevo, según lo que me dijeron alguna vez. Sin embargo, sólo se puede hacer una —continuó Elena—, así que te recomiendo que no te distraigas demasiado con dudas existenciales, y mejor trates de recordar todo lo que puedas de tu vida y tu información personal, en especial tu nombre y a quien te gustaría llamar.

Ilya repasó lo que podía recordar: Ilya Torres, mexicano, nacido en 23 de mayo de 1978, casado, aerolínea Aerosafe, también recordaba el número de vuelo, esposa llamada... Ilya pensó en el rostro de su esposa. Un sentimiento equivalente a la tristeza le llegó de súbito: su esposa, cuyo nombre de momento no podía recordar, acababa de perderlo para siempre.

Mi esposa; la que en vida fue mi esposa. Hasta que la muerte nos separara; hasta que la muerte nos separó. Hasta el último instante. Mi ahora viuda... Rosario.

“Rosario”, pensó. “No debo olvidarlo”.

Repitió su información una y otra vez hasta volverlo lo único que importaba. Sin embargo, las dudas no dejaban de aparecer ante él.

La figura femenina, que ahora estaba sentada detrás de uno de los escritorios, dijo un nombre en voz alta. No era el de Ilya. Una silueta, perteneciente a algún pasajero o tripulación, se puso de pie y se dirigió al escritorio, para tomar asiento frente a él. Ilya por un momento había olvidado que los demás usuarios se encontraban en aquella oficina. Por un momento le pareció que sólo estaban Elena, la guía y él.

—¿No recuerdas nada de tu vida, Elena? —Dijo—. ¿Nada de nada? Debe haber algo.

Elena tardó unos momentos en responder.

—Creo que yo fui piloto de aviación —respondió al fin—. Tú y tus compañeros vienen de un avión comercial, pero yo era piloto privada. De hecho, fui una de las primeras mujeres en obtener una licencia para eso, si recuerdo bien.

—¿En serio? Eso debió haber sido un gran logro. Bien por ti, Elena.

—Lo fue, creo —dijo—. Un gran logro. Imagino que por eso es lo único que recuerdo.

—¿Nada más?

—Hubo alguien —respondió Elena de inmediato—. Alguien con quien me hubiera gustado hablar si pudiera realizar mi llamada. Una persona especial para mí, aunque ya no la recuerdo. Tal vez una pareja o un familiar. Si pudiera, llamaría para despedirme.

—Ya no podrías, ¿o sí? —Preguntó Ilya al no encontrar lógica en aquello—. Lamento sonar cortante pero, tal vez la persona que quisieras contactar ya haya fallecido también, ¿no?

—Eso no importa, Ilya. La llamada que puedes realizar, si te lo permiten, puede dirigirse a un periodo de tiempo cercano al momento en que dejaste de vivir.

—¿Cercano? —Preguntó Ilya—. ¿Puedo llamar a un momento *previo* a mi muerte?

—El tiempo y su paso no importan aquí abajo, Ilya. Pero creo que ya te diste cuenta, ¿no es así? —Elena tenía razón. Ilya podría ya tener décadas sentado en aquella sala de espera y no haberse dado cuenta, y, aun así, sabía que no llevaba ni de cerca tanto tiempo como Elena—. Sin embargo —continuó—, hay algunas limitaciones.

—¿Como cuáles?

—Puedes llamar a una persona de allá arriba, pero no puedes intentar cambiar el rumbo de las

cosas. No puedes intervenir con su flujo natural.

—No entiendo —dijo Ilya, quien tenía una idea de lo que Elena trataba de explicar, pero quería estar seguro.

—No podrías advertirle a nadie de tu muerte —respondió Elena—. No directamente, como si tuvieras la certeza de que vas a fallecer o de que ya falleciste.

La figura femenina tras el escritorio llamó a otro de los usuarios a tomar asiento frente a ella. Nuevamente, no se trató de Ilya. Supuso que era porque se encontraba inmerso en la conversación con Elena, pero Ilya no había visto hacia donde se había ido el usuario que había estado previamente frente al escritorio de atención. Si había vuelto a tomar asiento, ahora era uno más entre el montón de siluetas.

—¿Por qué no? —Preguntó Ilya, regresando a la conversación con Elena.

—Yo no soy una autoridad aquí, Ilya —respondió Elena sin cambiar su tono de voz—. Hay cosas que sé y hay cosas que asumo en base a lo que veo que les sucede a otros usuarios. La respuesta a lo que preguntas cae en esta última categoría. Yo me imagino que no puedes dar a entender que te estás comunicando después de haber muerto, porque

eso daría pie a que la otra persona supiera que hay algo después de dejar de vivir.

Aquello tenía bastante sentido. Ilya no quería ni pensar en las implicaciones que tendría el hecho de que las personas supieran que sí hay algo después de la muerte, incluso si se trataba de algo como esto.

Ilya no se sentía del todo conforme con la respuesta de Elena.

—¿Qué pasa si hago mi llamada y rompo las reglas? —Preguntó—. ¿Qué pasa si digo que morí y que estoy aquí, bajo el mar, en una oficina?

—Para eso está la del escritorio —respondió—. Ella monitorea tu llamada y se asegura de que cumplas con los términos y condiciones. He visto por lo menos a dos usuarios que han intentado lo que sugieres, y sus llamadas se borraron de la existencia, como si nunca las hubieran hecho —Ilya estaba a punto de preguntar si aquello era posible, pero de inmediato cayó en cuenta de que, estando donde se encontraba, tal vez cualquier cosa era posible—. Y eso no es lo peor —continuó Elena—. Si fallas en cumplir los términos y condiciones del trámite, te expulsan como usuario y ya no puedes realizar otro trámite nunca más.

Todo esto era nuevo para Ilya. Sin embargo,

todo lo que explicaba Elena parecía bastante lógico.

—¿Qué sí puedes hacer tú, Elena? Si no recuerdas nada de tu información, ¿puedes hacer algo?

—Ya lo hice, Ilya —respondió—. Es uno de los pocos trámites que sí puedes hacer si te encuentras en mi situación.

Ilya tuvo miedo de preguntar, pero de igual manera lo hizo:

—¿Qué trámite hiciste?

Elena hizo un gesto parecido a inhalar y exhalar pesadamente.

—Pedí dejar de existir en cualquier forma, tiempo o lugar —respondió Elena. Ilya sintió un hueco en el lugar donde en vida se habría ubicado su corazón. Si pudiera tragar saliva, lo habría hecho al escuchar aquellas palabras.

—¿Cuánto más vas a esperar para que ese trámite pueda ser aprobado? —Preguntó Ilya. Su voz no *sonaba* en un sentido estrictamente físico. Sin embargo, aquella pregunta se vio interrumpida por un temblor y un indicio de tartamudeo.

—No lo sé. Sólo sé que es algo tardado —respondió Elena—. Alguien tiene que revisar mi vida entera, momento a momento, para decidir si aprobar mi solicitud o rechazarla.

—¿Alguien que no es la del escritorio? —Preguntó Ilya.

—Así es. Ella nos supervisa a nosotros, pero otros la supervisan a ella. Y antes de que preguntes, no sé quiénes son. Sólo sé que le llaman al teléfono de su escritorio de vez en cuando para darle instrucciones. Ella lleva algo de tiempo atendiendo la oficina ella sola. Me imagino que ha de ser algo cansado.

Ilya volteó a ver a la figura femenina tras el escritorio y, nuevamente, ya no había nadie sentado en frente. La figura femenina parecía ver a Ilya a lo lejos. De hecho, incluso parecía poder escucharlo a él y a Elena hablando. Llamó a otro usuario y, al no escuchar su nombre, Ilya continuó su conversación con Elena.

—¿Sabes en qué se basan para tomar una decisión? —Preguntó—. Es decir, para ver si un trámite es aprobado o no.

—Antes creía que en tus buenas o malas acciones —respondió Elena—. Esa fue una de mis primeras conjeturas. En vida, te enseñan que, al final, tus buenas y malas obras serán evaluadas para decidir a donde irá lo que permanece de ti; lo que somos ahora —la voz de Elena sonaba algo monótona y lenta, como si aquel pensamiento fuera ya sólo la

repetición de algo que llevaba dando vueltas en su mente mucho tiempo—. Ahora creo que es otra cosa —continuó—. Creo que se basan en un deseo que pudieras haber tenido en vida.

—¿Un deseo? ¿Qué clase de deseo?

Hubo un silencio por parte de Elena, no porque no supiera qué responder, sino porque la palabra que utilizó para responder pareció tener un peso por demás superior a cualquier otra.

—Trascender —respondió al fin.

Ilya pensó aquella respuesta con detenimiento. Contrario a todo lo anterior que Elena le había explicado, aquello carecía de sentido o lógica en primera instancia. Apenas un momento después, aquella respuesta pareció la única respuesta correcta para la pregunta que había formulado. La lógica y la razón se comenzaban a difuminar. Se sentía como querer evitar el flujo del agua.

—¿Ilya Torres? —Preguntó en voz alta una la figura femenina del escritorio. Ilya se puso de pie.

—Aquí —dijo—. Soy yo.

—Adelante, tomé asiento, por favor.

Ilya dio un par de pasos y luego se giró hacia Elena.

—Gracias por tu compañía, Elena —dijo—. Espero pronto puedan aprobar tu solicitud.

—Te lo agradezco, Ilya. Espero que puedas realizar tu llamada. Recuerda lo que te dije.

Ilya siguió caminando hacia el escritorio y tomó asiento. Repasó su información para sí mismo, aún recordaba todo.

El sol seguía saliendo incluso en aquel lugar. La luz llegaba refractada a través del agua salada. Aquel tipo de oficinas aparentemente se instalaban en lugares estratégicos, con el fin de que los usuarios pudieran acceder a ellas. Cada que Ilya comprendía más todo aquello, se desprendía del apego a su existencia previa: su vida.

Ilya Torres, sin saberlo, había tenido que deambular por el océano atlántico durante poco más de un año antes de encontrar aquella oficina, que se hallaba a lo alto de una meseta subacuática. La parte más alta de la meseta, donde un día apareció por necesidad la Oficina Transatlántica de Atención a Usuarios, quedaba apenas a seis metros por debajo del nivel del mar, me modo que la luz solar aún alcanzaba a iluminar bastante, aunque de manera indirecta.

A apenas setecientos metros de la costa británica, aquella oficina había sido construida y decorada acorde al lugar más cercano con población, que en este caso era un pequeño pueblo inglés que se dedicaba a la pesca.

Ilya se sentó frente al escritorio, pero su mente continuó deambulando a través de toda la nueva información y las nuevas conclusiones a las que llegaba.

—¿En qué aerolínea viajaba, señor Torres? — Preguntó la voz, interrumpiendo la línea de pensamiento de Ilya.

La misma pregunta inicial para todos. Ilya no podía imaginar cuantas veces esa pregunta se había formulado en aquel escritorio. Tantas personas. *Personas*. Qué raro pensar en esa palabra. No estaba seguro de que el término pudiera aplicar, pero ¿qué más daba? Si las reglas de la lógica y lo que uno pudo comprender en vida ya no existían, ¿qué tanta importancia podría tener el vocabulario apropiado?

—*Aerosafe* —respondió Ilya, sonriendo por la ironía. Se sentía como una sonrisa, pero la realidad era que Ilya ya no tenía expresión facial, lo cual era bastante normal. Los reflejos no existían y los rostros cada vez se parecían más entre sí.

Ilya no llevaba tanto tiempo en la oficina, pero Elena, quien tenía un trámite más largo, dio la impresión de ya no poder distinguir un rostro de otro. Ilya pensaba que esto era algo exagerado, aunque tal vez era su propia manera de negar algo que era inevitable y eventual.

—¿Recuerda el número de su vuelo? —Preguntó la figura femenina. Frente a ella, sobre el escritorio, había una computadora vieja y un teléfono. Ilya al principio batalló para detectar qué detalle era el que parecía estar mal o no concordar con esa imagen. Luego llegó a él: el teléfono, que era un modelo antiguo, no tenía botones para marcar. Tampoco tenía dial rotatorio, como los modelos aún más antiguos. Aquel teléfono sobre el escritorio sólo tenía una base donde colgarlo.

Ilya respondió a cada pregunta relacionada con su información personal, y la figura femenina ingresó todo en la computadora. Esta vez el nombre de Rosario emergió sin problemas.

—Torres, Ilya. ¿Correcto? —Preguntó la voz femenina—. ¿I, ele, ye, a?

Ilya asintió con lo que antes hubiera sido su cabeza y la forma femenina continuó tecleando.

La figura de voz femenina continuó preguntando la información que Elena había mencionado. Ilya respondió todo tan fielmente como lo pudo recordar.

—Muy bien, señor Torres —dijo la figura femenina—. Parece que todo está en orden —continuó al mismo tiempo que abría un cajón de su escritorio y sacaba una carpeta de papel. La puso frente

a Ilya y la abrió: era un contrato—. Me imagino que Elena ya lo habrá puesto al tanto de la situación, ¿correcto?

—Sí —respondió Ilya—. Mencionó que puedo hacer una llamada. Y que puedo llamar a un momento previo a mi muerte —Ilya, por primera vez en lo que llevaba deambulando por el atlántico, se puso nervioso—. También mencionó que no puedo decir que estoy aquí. Que mi llamada se puede borrar y yo puedo ser expulsado de aquí.

—Así es, señor Torres. Debo admitir que Elena es de bastante ayuda con los de nuevo ingreso. Todos los usuarios que llegaron con usted fueron perfectamente informados por ella.

Ilya abrió la boca, pero no habló de inicio.

—Pero ella sólo estaba hablando conmigo —dijo, confundido.

—Tenga en mente, señor Torres, que aquí las cosas no son como allá arriba —la figura femenina apunto hacia la superficie—. Técnicamente, ninguno de nosotros existimos. Por lo tanto, podemos llevar a cabo algunas tareas complejas en comparación con nuestro nivel de existencia anterior.

—Por eso usted sabe lo que Elena me dijo.

—Así es —respondió—. Y por lo mismo sé que usted tiene muy claro el contenido del contrato

frente a usted. Sólo necesita firmarlo y podrá llevar a cabo su llamada.

—¿Eso sería todo? —Preguntó Ilya, pensando que las cosas serían más tardadas.

—Eso sería todo —respondió la figura, mientras le entregaba un bolígrafo a Ilya—. Notará que el contrato ya tiene toda la información pertinente. Únicamente hace falta su firma al final, en la línea punteada.

Ilya no lo había pensado, pero no recordaba por completo cómo hacer su firma. No era algo que Elena hubiera mencionado y, en definitiva, no había sido algo que él hubiera pensado como relevante o indispensable desde el accidente. Acercó el bolígrafo a la línea punteada impresa en el papel, y firmó con completa naturalidad. Supuso que la exactitud de la firma era irrelevante y que por eso lo había podido hacer sin recordarlo.

“Tal vez, aquí de verdad sólo cuenta la intención, no tanto la forma”, pensó Ilya. Sin dedicar más tiempo de lo necesario, Ilya le devolvió el contrato y el bolígrafo a la figura femenina.

—Felicidades, señor Torres. Su trámite de comunicación verbal ha sido aprobado. Por favor pase a la cabina número dos.

Ese indicio de nerviosismo que había aparecido antes, ahora se intensificaba. Ilya se puso de

pie y comenzó a caminar hacia la cabina. No comprendía por qué era la cabina número dos, siendo la única que había. Al llegar a la cabina, notó que a ambos de sus costados había huecos cuadrados, como si antes hubiera habido tres cabinas en aquel lugar, y dos de ellas hubieran sido arrancadas violentamente.

Ilya casi se tropieza al llegar a la puerta, pero se apoyó en la puerta de la cabina para estabilizarse. En la parte alta de la cabina, sobre la puerta, había un número romano para indicar que se trataba de la cabina dos. Ilya abrió la puerta y entró.

Sólo había un teléfono de pared con su bocina colgando de su propio cordón, colgando de su propio cordón de resorte. Se balanceaba de un lado a otro como si alguien la acabara de dejar caer. Se inclinó y, antes de tomar la bocina del teléfono, notó que un pez nadó a través de su cuerpo. Ilya no sintió nada, ni siquiera el flujo del agua o algún cambio de temperatura.

Miró al pez una vez más e intentó distinguir su color, pero no pudo. Volteó a ver el horizonte a través de las paredes de cristal de la cabina y se dio cuenta de que el azul natural del mar ya carecía de saturación. Todo se había vuelto gris en distintas tonalidades. Ilya lo pensó un momento y llegó a la

conclusión de que ya ni siquiera recordaba cómo se veía el color azul. Comprendía que debía existir, ya que existía la luz, pero no encontraba una manera de explicárselo a sí mismo. ¿Cómo podría describir el color azul, si ya no lo podía ver y ya no lo podía recordar? Ilya se dio cuenta de que el tiempo pasaba más rápido conforme él iba olvidando su humanidad, así que decidió darse prisa.

Tomó la bocina colgante del teléfono y se la colocó junto al oído. Música de elevador sonaba del otro lado de la línea. Se sorprendió al darse cuenta de que aún podía distinguir aquel tipo de música. No tenía idea de cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que escuchó música. Eso era algo que él ya no podía recordar en lo absoluto.

—¿B... bueno? —Preguntó Ilya al teléfono. La música se detuvo.

—Hola, señor Torres —dijo la voz de la figura femenina al otro lado de la línea—. Repasando una última vez: ya tenemos la fecha, la aerolínea y el número de su vuelo. Tenemos entendido también que usted gusta comunicarse con su esposa en un momento previo a su deceso. Sólo hace falta que nos proporcione una hora específica previa al incidente, mismo que ocurrió a las 15:39 P.M., hora local —Ilya lo pensó un momento. Tendría que ser

una hora en la que él ya se encontrara en el aeropuerto. También tenía que ser una hora en la que Rosario se encontrara en casa. Pero Ilya no podía recordar siquiera cuantas horas de vuelo habían transcurrido antes del accidente, o cuantas eran necesarias—. Si gusta —continuó la voz femenina—, podemos ofrecerle una recomendación de horario en base a la información proporcionada, así como marcar el número por usted.

—Sí, por favor —respondió Ilya—. Se lo agradezco mucho.

—Por nada, señor Torres. Lo comunicaremos en unos momentos. Por favor tome en cuenta que su llamada tendrá una duración máxima de dos minutos, así que procure ser preciso y breve. Una vez realizada su llamada no puede tramitar otra. Su llamada está siendo procesada y será monitoreada. La Oficina Transatlántica de Atención a Usuarios Post Mortem le agradece su paciencia.

Ilya ya estaba oficialmente nervioso. Hacía años que no escuchaba el tono de la línea de teléfono. Sonó un par de veces. Luego dos veces más.

La misma voz que había procesado la llamada volvió a hablar:

—Señor Torres, me temo que el número de la persona con la que se desea comunicar no responde. ¿Desea intentar con otro número o dejar un

mensaje de voz?

“Maldita sea”, pensó Ilya. No estaba preparado para eso, pero no había opción.

—Me gustaría dejar un mensaje de voz, por favor.

—Muy bien —dijo la voz—. En tres segundos escuchará la señal. Recuerde ser breve.

Ilya hizo un gesto de exhalación e intentó tranquilizarse. Sonó la señal. Estaba grabando.

—Mi amor, Rosario. Soy Ilya. Es importante que escuches esto con atención: mi avión va a caer sobre el Atlántico y voy a morir. No puedo explicar cómo lo sé, sólo quiero que sepas que te amo y que lamento no haberme despedido propiamente — Ilya no se dio cuenta, pero había comenzado a llorar—. No vengas a buscarme, ya no estoy. Vuélvete a casar, ten hijos y sé feliz. Haz lo que quieras con tu vida, pero no pierdas tiempo llorando por mí, yo estoy bien —Ilya estaba temblando, pero sabía que no podía perder más tiempo—. Y, Rosario, necesito que me prometas que nunca le dirás esto a nadie; necesito que atesoras esta grabación o que la borres, pero que nunca la compartas. De eso depende mi existencia en el lugar donde me encuentro. Eres y siempre fuiste el amor de mi vida. Te amo, Rosario. Con todo mi corazón.

La voz de Ilya apenas terminó la última palabra

cuando el tono del teléfono indicó que su tiempo se había acabado. Ilya dejó caer el teléfono y salió de la cabina número dos. El teléfono se balanceó de un lado al otro mientras Ilya cerraba la puerta y se dirigía de vuelta a la sala de espera. Elena estaba de pie, esperándolo.

—¿Pudiste hablar con ella? —Preguntó Elena.

—No. Dejé un mensaje —Ilya seguía llorando. Hacía años que no lloraba. Las lágrimas no corrían por sus mejillas, sino que salían y se mezclaban con el agua de mar, para luego desaparecer.

—Supongo que eso es mejor que nada —Elena le dio una palmada en la espalda—. Bien por ti.

La *persona* con voz femenina se puso de pie y rodeó su escritorio para acercarse a Ilya.

—¿Señor Torres? —Preguntó, alzando la voz.

Ilya hizo un movimiento que en otra existencia le habría servido para secar sus lágrimas. Un reflejo de una vida anterior; de una *vida*.

—¿Sí?

—Necesito hablar con usted —continuó la figura de voz femenina con seriedad.

—¿Qué sucede? —Preguntó Elena. Por primera vez, Ilya pudo ver genuina intriga en ella, que parecía saberlo todo.

—Rompí las reglas —respondió Ilya, avergonza-

do—. Tenía que intentarlo. Le dije todo.

Elena se quedó sin palabras. Pudo haber preguntado “¿por qué?”, pero se preguntó a sí misma si ella no había pensado en algún momento en hacer lo mismo de tener la oportunidad. Ilya siguió a la figura femenina hasta su escritorio y ambos tomaron asiento.

—Señor Torres —comenzó a decir la figura femenina—, no creo que sea necesario que le explique por qué me encuentro justo ahora hablando con usted, ¿verdad?

Ilya apenas miraba a la figura frente a él.

—Entendí las reglas.

—¿Entonces por qué hizo exactamente lo que le pedimos que no hiciera? Usted sabe que nosotros podemos borrar ese mensaje de la existencia. ¿Por qué lo hizo?

—¿Usted alguna vez estuvo viva? —Preguntó Ilya, ignorando las palabras de la figura—. ¿O es usted parte de esta oficina?

—No veo a qué viene su pregunta. Eso no tiene relevancia para usted.

—Sé que me van a expulsar de aquí y que no podré hacer trámites nunca más. Probablemente pase una eternidad deambulando por el mar sin encontrar más respuestas —la voz de Ilya sonaba

con más confianza que antes, ya no estaba nervioso—. ¿Podría al menos responder si usted alguna vez estuvo viva?

La figura femenina lo miró con detenimiento. Sus rasgos faciales eran cada vez más difíciles de discernir, pero Ilya podía detectar que ella estaba batallando por encontrar una respuesta.

—Creo... Creo que sí —respondió la figura, bajando su tono de voz.

—¿Pudo usted utilizar bien su llamada?

—Señor Torres, esto es demasiado. Necesito hacer un reporte acerca del incumplimiento de contrato que usted acaba de llevar a cabo. Mientras, sólo me queda advertirle que en cualquier momento vendrán por usted para escoltarlo a la salida para infractores.

—Usted no se sintió satisfecha con su llamada, ¿cierto? —Dijo Ilya, sin prestar demasiada atención a las palabras de la figura femenina—. Usted, como yo y tal vez muchos otros, sabe que las limitaciones de la llamada impiden que la comunicación sea auténtica y trascendental.

Esa palabra otra vez. *Trascender*. Elena, que escuchaba aquella conversación, comprendía lo que sucedía.

—No sé qué decirle, Señor Torres.

—Entonces sólo dígame lo que le ocurrió a usted con su llamada. ¿Quedó usted satisfecha?

La figura femenina permaneció inmóvil un momento, para luego responder:

—No. Pero igual estoy agradecida por lo que obtuve; por la oportunidad.

—Yo no obtuve una conversación. Sólo pude dejar un mensaje en una contestadora. Algo increíblemente impersonal comparado a lo que este lugar puede hacer. Este lugar no es ni siquiera un milagro, es algo mucho más allá; algo que nadie pudo haber imaginado.

—Y, aun así, usted decidió faltarle al respeto a ese milagro —dijo la figura femenina, ofendida.

—Yo no lo veo así.

—¿Por qué no? Usted puede imaginar lo peligroso que sería para el mundo de los vivos si se supiera que existe algo después de fallecer. No creo necesitar entrar en detalles, pero se asume que más de uno intentaría venir aquí a voluntad, en vez de quedarse.

—Comprendo.

La figura parecía cada vez más confundida. Ilya respondía con completa fluidez y serenidad.

—Entonces yo no lo comprendo a usted —dijo.

—Mi esposa, Rosario, no le dirá a nadie el con-

tenido del mensaje en su contestadora.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Cualquier persona lo tomaría como algo irreal; como una alucinación. Claro que su esposa lo compartiría.

—Apostaría mi existencia en este plano a que yo tengo razón y usted no.

La figura femenina soltó lo que otra hubiera sido percibido como una carcajada.

—Usted no puede hacer tratos, señor Torres. No funciona así. Mucho menos habiendo roto las reglas primero —dijo la figura—. Además, eso sería otorgarle a usted el beneficio de la desaparición, lo cual es un trámite por sí mismo y que usted no eligió.

—Usted tampoco.

—No, yo decidí quedarme aquí, ayudando a los usuarios. Ayudando a personas menos malgradecidas que usted a tener una última oportunidad de contactar a sus seres queridos.

—¿Por qué? —Preguntó Ilya, tajante—. ¿Era usted ese tipo de persona en vida? ¿Aquella que se dedicaba a ayudar a los demás?

La figura femenina alzó la voz:

—Tal vez, pero eso no le incumbe a usted. Y si así fuera, yo me habría dedicado a ayudar a quie-

nes lo merecieran —la figura femenina se puso de pie—. Llamaré a seguridad para que lo escolten de una vez.

—Yo no le pido que me ayude a mí —dijo Ilya sin alzar la voz—. Cuando dije que le apuesto mi existencia a que Rosario no dirá nada, me refería a que, si yo tengo razón, me quedaré aquí con usted a ayudar a otros usuarios.

La figura femenina miró a Ilya y bajó su tono de voz.

—¿Por qué haría usted eso?

—Porque aquí hay muchos escritorios y sólo está usted atendiendo —respondió Ilya—. Lo cual me da a entender que no mucha gente quiere estar aquí más de lo necesario —Ilya se puso de pie para quedar frente a la figura femenina, pero permaneció sin alzar la voz—. Y porque yo también me dediqué a ayudar cuando estuve allá arriba.

La figura femenina dejó salir una carcajada breve antes de recobrar la compostura.

—Déjeme ver si entiendo —dijo la figura—. ¿Usted apuesta su existencia aquí, ayudando usuarios junto conmigo, basándose en que su esposa jamás divulgará el contenido de su mensaje de voz?

—Así es —respondió Ilya de inmediato y sin pensarlo dos veces, mientras regresaba a tomar asiento.

—¿Tanta fe le tiene a su esposa, señor Torres?

—Sí. Y puede llamarme Ilya, por cierto. ¿Tiene usted un nombre aún?

—Anna.

—Un placer discutir con usted, Anna. ¿Qué dice, tenemos un trato?

Anna lo pensó un momento.

—¿Está usted consciente de que el tiempo funciona diferente aquí, y que nosotros podemos averiguar si su esposa divulgó el contenido de su mensaje en pocos minutos?

—Sí. Eso hará las cosas más sencillas y rápidas, ¿no?

—Usted tiene demasiada confianza en su esposa, Ilya. Debo admitir que admiro eso. Aunque yo la verdad no creo que usted tenga razón. Yo creo que usted tiene demasiada confianza en usted mismo.

—Entonces acepte mi apuesta —dijo Ilya—. Ya tiene mucho trabajo aquí para usted sola, tal vez le sirva que yo esté aquí para ayudarle. Es más, cuando usted pueda comprobar que Rosario no dijo nada nunca, tal vez me quede aquí a ayudarle a usted, voluntariamente.

Anna lo pensó en silencio un momento. Iba a hablar y luego se detuvo. Pensó un momento más.

—A mí también me auditan, Ilya —dijo—. Si su

esposa divulga algo, por más mínimo que sea, se sabrá que yo cometí la falta de no reportar su llamada.

—¿La expulsarían de aquí?

—Lo dudo, aún se podría hacer algo al respecto, no sería la primera vez que algo así sucediera. En la mayoría de los casos se busca desacreditar a la persona divulgadora.

—¿Entonces qué tiene que perder, Anna? —Dijo Ilya, inclinándose hacia delante un poco para hablar un poco más bajo—. Acepte mi apuesta, le aseguro que no me equivoco. No sé arrepentiré.

Anna escuchaba las palabras de Ilya con atención, pero también con nerviosismo. Sobre el escritorio, a su mano izquierda, se encontraba su teléfono sin botones de números. Anna utilizaba aquel teléfono para monitorear las llamadas salientes de la cabina número dos. Además de eso, de vez en cuando, aquel teléfono sonaba y ella debía contestar. Esto sucedía cuando ella tenía dificultades con algún usuario, por lo que la situación con Ilya podía ser, probablemente, causante de una llamada.

Sin embargo, el teléfono de su escritorio nunca sonó. Anna lo interpretó de dos formas: o todo aquello no necesitaba intervención, o quienes la observaban y monitoreaban no estaban prestan-

do atención de momento. Anna percibía como más probable la primera opción, de modo que la decisión de aceptar o rechazar el trato que ofrecía Ilya quedaba enteramente en sus manos.

Ilya alzó su extremidad superior derecha hacia Anna. Aquello que suponía el cierre de un acuerdo se llevó a cabo acto seguido.

—Averigüemos si nos metimos en problemas, Ilya Torres —dijo Anna, al estrechar la mano ya intangible de Ilya.

Ilya sonrió y se recargó sobre su silla frente al escritorio.

Contrario al cúmulo de sentimientos que lo alejaban de su parte humana, justo ahora se sentía nuevamente como la persona que alguna vez fue. Ya habían pasado un par de décadas desde el accidente aéreo que lo había traído al fondo de aquel mar superficial.

De repente, en lo que Anna escribía los comandos necesarios en el teclado de su computadora, Ilya por fin se dio la oportunidad para llorar su propia muerte. El color de sus lágrimas, que antes él habría descrito como verde-azul, se mezcló con el del agua de mar casi de inmediato.

Anna decidió ignorar el llanto de Ilya. Ella ya había llorado bastante su propio destino, así que

comprendía muy bien aquel particular tipo de so-
llozo.

Elena se había aproximado al escritorio y, sin decir nada, abrazó a Ilya por la espalda, inclinándose hacia él.

Ilya Torres tuvo el primer indicio de calidez humana en aquel instante, mientras recibía el consuelo de Elena. Por una sola vez desde que llegó, se sintió en paz.

*

La contaminación del aire dejaba una tenue pero notoria capa grisácea en el cielo. Los sonidos de la ciudad ya eran parte de lo cotidiano y, aquel día, Rosario no notó diferencia alguna en su rutina, más allá de que apenas había regresado a casa después de llevar a su esposo al aeropuerto. Odia-
ba que Ilya viajará tanto por trabajo y justo ahora parecía eterno el tiempo que estaría en Inglaterra. Dos semanas enteras sin él. Apenas se habían despedido, pero Rosario ya extrañaba a su esposo.

Rosario cocinó cena para una persona, lo cual no era algo que ella disfrutara hacer. Hizo lasaña vegetariana y se sirvió una copa de vino tinto. Ese era su ritual para el primer día de los periodos en los que Ilya estaba ausente por trabajo.

El cansancio acumulado de la semana, así como el desvelo por levantarse temprano para llevar a Ilya al aeropuerto, hicieron que le diera mucho sueño. Era un sábado por la tarde y no tenía ningún pendiente, entonces Rosario decidió tomar una siesta.

Una hora después, y con Rosario aún dormida, el teléfono sonó. Rosario lo escuchó, pero decidió que la máquina contestadora que Ilya había insistido en comprar hiciera lo suyo, mientras ella regresaba a dormir.

La mañana siguiente, después de una extensa e inesperada sesión de sueño profundo, Rosario despertó. Ya había amanecido.

Encendió la televisión por hábito y no notó que el canal de noticias justo ahora cubría el único y por demás trágico accidente aéreo de la aerolínea *Aerosafe*, quienes se jactaban de ser, precisamente, la única aerolínea con un récord perfecto en cuanto a control de calidad y comodidad de vuelo, así como ser, como el nombre lo indica, la opción más segura en cuanto a lo que el viaje aéreo representaba.

Rosario bostezó y notó que una luz roja de la máquina contestadora parpadeaba. Era apenas la segunda o tercera vez que la utilizaba, pero conocía su funcionamiento.

Presionó el botón de reproducción de mensajes mientras se limpiaba las lagañas.

Rosario volteó a ver la televisión y observó la cobertura de la noticia que avalaba las palabras de su esposo.

Aquellas palabras quedaron impresas en la mente de Rosario, pero ella se encargó de que aquella grabación, la última vez que escucharía a su esposo, permaneciera con ella.

Pasaron once años hasta que Rosario se diera la oportunidad de volver a salir con alguien más, y otros cinco antes de que decidiera hacer caso a las palabras de Ilya y volver a casarse. Su segunda boda fue más discreta que la que tuvo con Ilya, pero no por eso menos importante.

Ilya, que ahora era el nombre de un bebé que Rosario había dado a luz, fruto de su segundo matrimonio, era un bebé por demás perfecto. Aquel bebé creció en una familia llena de amor y buenas costumbres. Con la edad, ya acercándose a la adolescencia, supo que su madre estuvo casada y había enviudado joven, lo cual tomó con madurez y agradeció que su nombre viniera del amor que ella tuvo alguna vez.

Un día, el adulto joven llamado Ilya comenzó a buscar entre las pertenencias de su madre. Rosario tenía un closet lleno de cajas con pertenencias antiguas que necesitaban ser depuradas; la mayoría ya era basura. El joven Ilya, quien para ese momento ya casi tendría la edad de la persona de la cual había heredado su nombre, se topó con un casete pequeño de cinta magnética. En la etiqueta sólo tenía escrito “Ilya”.

Recordó que aún tenía un reproductor antiguo con el que podría escuchar aquella cinta y, mientras pensaba en aquello, Rosario, una mujer madura, le quitó la cinta a su hijo con gentileza y con una sonrisa.

—¿Qué es eso, mamá? —Preguntó el joven Ilya.

Rosario dejó derramar una lágrima por su mejilla y el joven Ilya se encargó de secarla con el pulgar de su mano derecha.

—Esto, hijo —comenzó a decir Rosario—, es la promesa más grande de toda mi vida.

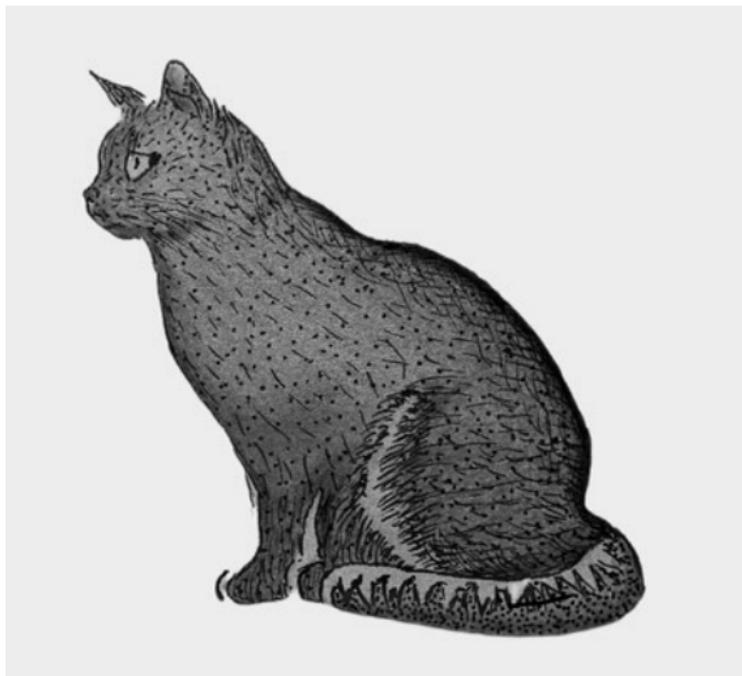
—¿Puedo escucharlo?

Rosario negó con la cabeza y abrazó a su hijo.

El joven Ilya se sintió tentado a escuchar aquella cinta, pero jamás la volvió a ver. Rosario se encargó de eso.

Sin que nadie lo notara o le diera importancia, la Oficina Transatlántica de Atención a Usuarios Post Mortem, ubicada a conveniencia en un mar superficial cerca de la costa inglesa, continuó operando por tiempos incontables e inmemoriales. Hay quienes tienen la desgracia de caer ahí inesperadamente, pero también tienen la fortuna de ser atendidos por dos figuras vagamente humanas que, por su propia voluntad y gusto por ayudar, les guían a través de aquello que viene después.

Cabina Número 3: “Nueve Dedos”



Nueve Dedos

Antes que nada; antes de todo:

Me llamo Bonita. Te contaré mi historia, si gustas. Pero la contaré a mi manera. Quién sabe, tal vez puedas ver el reflejo de tu propia historia en alguna parte de la mía.

Recuerda que esto sólo es una historia; un cuento. Puede haber ocurrido, pero también puede que no. ¿Qué más da?

Dicen, dependiendo de donde en el mundo te encuentres, que los gatos tenemos siete, ocho o nueve vidas. Yo no sé de eso, pero puedo dividir mi historia en nueve fragmentos. Si en algún momento consideras que mis vidas ya debieron haberse acabado, sabrás donde dejar de leer.

Mi historia comienza con aquello que me dijeron que sucedió, pero que en realidad no puedo recordar:

Nueve

Las Personas sabían que mi mamá estaba embarazada, pero tenían la esperanza de que mi mamá pariera lejos de casa. Pero mi mamá sabía que si yo nacía lejos, no sobreviviría mucho tiempo. Tuve dos hermanos, según lo que mamá me contó después. Dijo que diferentes Personas habían adoptado a mis hermanos, pero mi mamá también es algo mala mintiendo. Si ella alguna vez supo qué fue de ellos, jamás me lo dijo.

Mi mamá era algo particular: nunca fue muy cariñosa conmigo, pero de eso se encargaba Laura.

Laura era la niña más hermosa que jamás hubiera podido imaginar. De entre las Personas, ella era la única que realmente me quería. Con ella me bastaba y me sobraba. Ella me hablaba mucho, aunque de inicio no podía comprender una sola palabra de lo que me decía. Ella hablaba casi maullando.

—Ni te molestes —dijo mi madre cuando me vio intentando comprender las palabras de Laura—. Ellos tienen una forma de hablar muy diferente a la nuestra —mi mamá se limpiaba el pelaje del costado mientras hablaba—. Con el tiempo te acostumbras a algunas palabras, más que nada a tu

nombre, pero intentar comprenderlos es pérdida de tiempo, hija.

Mi mamá tenía razón, la palabra que más repetía Laura para referirse a mí era mi nombre: Bonita.

—Es un adjetivo —me explicó mi mamá—, no es algo común para poner de nombre, pero así son las cosas. Ahora eres Bonita.

No recuerdo una vida sin Laura. Ella lo era todo para mí, y yo lo era todo para ella. Yo era de ella y ella era mía. Me puso un collar rosa y de él colgaba una placa de metal con mi nombre. Así aprendí a identificar las letras que conformaban mi nombre. La parte de atrás de mi placa tenía algo diferente que no supe leer.

—Es el número de teléfono de Laura —dijo mi mamá antes de ir a su plato a cenar—. Si salieras de la casa y te perdieras, las Personas que te encontraran podrían llamarle a su teléfono celular y traerte de regreso —mi mamá se detuvo y me miró fijamente—. Por cierto, jamás salgas de aquí, Bonita. Aquí lo tienes todo, allá afuera sólo hay hambre y dolor. Sólo he salido una vez, pero... —Mi mamá se detuvo, aquello era un tema delicado para ella. Yo no era tonta, yo sabía que ella se había embarazado de mí aquella vez que salió. Yo aún era muy pequeña para saber lo que era el celo, pero comprendía

que era algo natural, pero incómodo—. Lo siento tanto, Bonita —continuó mamá—. Cuando te tuve yo estaba en el techo de la casa de al lado. Nunca me alejé demasiado de aquí porque tenía la esperanza de me aceptaran de vuelta y contigo. Pero después de tenerte me sentía tan cansada —en ese momento, la voz de mamá se comenzó a quebrar—. Me quedé dormida y, en un descuido, te dejé caer.

Mamá dejó correr una lágrima por el pelaje de su mejilla.

—¿Me caí del techo? —Pregunté.

—No sólo eso —continuó mamá—: cuando desperté, te busqué y no estabas donde debiste haber caído. Laura me encontró llorando y buscándote. Pasaron los días y yo perdía la esperanza de volver a verte. Laura y sus padres me aceptaron de vuelta en la casa, yo quería salir a buscarte. Pero no lo hice, hija. Me dio tanto miedo volver a salir y no te busqué.

—¿Entonces cómo llegué aquí?

—Laura —respondió mamá, sonriendo—. Laura te encontró en alguna parte del vecindario, herida y débil. Te trajo a casa y te curó las heridas. Yo te abracé y Laura supo de inmediato que eras mi hija. Convenció a sus padres de conservarte y les agradezco por eso. Ahora estamos juntas las tres.

Pero lo lamento tanto, hija. Si hubiera estado un poco más alerta, no habrías caído del techo y no te habrías perdido. ¿Me puedes perdonar?

—Claro que sí, mamá.

Mamá y yo nos abrazamos un rato y yo también lloré un poco.

—Gracias, Bonita —dijo mamá—. Pudiste haber muerto, y agradezco que no fuera así. Pero tienes que aprender de mi error. Tienes que prometerme que no saldrás nunca de esta casa. Allá afuera no hay nada bueno para ti. Aunque en tu placa venga escrito ese número.

—No te preocupes, mamá —dije—. No saldré nunca.

—Bien.

Mi mamá se fue a la habitación de Laura a dormir. Yo la seguí pero me subí al tocador, quería seguir viendo mi placa en el espejo.

—Teléfono —dije en voz baja, tanto en aquel entonces como justo ahora que mis recuerdos pasan frente a mí. El vago y tenue recuerdo de aquella, la primera vez que casi dejo de existir, acompañado de una disculpa y una promesa.

Cierro mis ojos y sólo la veo a ella: a Laura.

Ocho

Siento mi cuerpo pequeño frente al de ella. Sé que estoy a salvo. Ella se acerca a mí y me besa la frente. Su cabello huele completamente a ella. Yo sé que eso pareciera obvio o redundante, pero no se me ocurre otra forma de decirlo. Aún con los ojos cerrados, puedo verla tan claro como nunca, en especial si pienso en su aroma.

Estoy sentada en su regazo, y ella está sentada frente al piano. Las manos de Laura no sólo eran suaves conmigo, sino que su fineza y dulzura también se veían reflejadas en cada nota que tocaba.

Jamás supe por qué, pero a Laura le faltaba el dedo meñique de la mano derecha. Creo que había sido un defecto de nacimiento, o al menos eso me gustaba pensar. La idea de que ella lo hubiera perdido de alguna forma dolorosa me hacía sentir mal y triste. Creo que es algo bueno no saber algunas cosas.

Laura tocaba con tanta habilidad y destreza que, al menos en mi opinión, no importaba que le faltara un dedo. Ella se detenía de tocar de vez en cuando para acariciar mi cabeza con su mano derecha. Sus caricias tampoco requerían de todos sus dedos para hacerme sentir bien y a salvo.

Este es uno de mis recuerdos más preciados. Laura toca el piano con la mano izquierda y acaricia mi lomo con la derecha. Y todo está en orden. Puedo sentir de vez en cuando el muñón donde tal vez en algún momento hubo un meñique, y pienso: si pudiera, le regalaría a Laura uno de mis dedos. O los que fueran necesarios para compensar el suyo. Lo haría sin pensarlo un momento. Luego llegué a la realización de aquel sentimiento más puro que alguna vez pude formular: haría y daría lo que fuera por Laura.

*

La habitación de Laura estaba en el segundo piso de la casa. Tenía una ventana grande y, contrario al resto de las ventanas de la casa, esta no tenía ningún tipo de reja o tela. Mamá fue muy directa al decirme que nunca saliera de la casa y yo siempre le hice caso. Sin embargo, yo podía oler y escuchar a los vecinos. Un día, uno de ellos trepó por el techo de la casa de al lado y saltó hacia la ventana de la habitación de Laura, quien no estaba presente en ese momento.

—Oye, niña —dijo el vecino. Era joven, como yo, pero él se veía bastante sucio y desaliñado—. ¿Me dejas entrar?

—¿Quién eres tú? —Pregunté, apenas distinguiéndolo. La luz natural del exterior me cegaba, no estaba acostumbrada a ella.

—Me llamo Max —respondió—. Vivo en el vecindario —Apenas podía escuchar la voz de Max a través del vidrio. Me subí al alféizar de la ventana y lo vi bien. Se veía bastante agradable. Era pequeño, como yo, pero por su pelaje se veía más grande y esponjando—. Sabía que Laura tenía una nueva gatita, así que quise venir a presentarme —continuó Max.

—¿Conoces a Laura? —Pregunté, sorprendida.

—Claro que la conozco —respondió—. Ella nos deja comida afuera todos los días. Le debemos mucho todos nosotros.

—¿Nosotros quienes?

—Los de afuera —la voz de Max se tornó un poco triste al responder—. Los que no tuvimos tanta suerte como para vivir dentro de una casa — se lamió el largo pelaje de su costado y continuó—: ¿Te gustaría jugar conmigo? No hay muchos niños como nosotros afuera.

—Me gustaría, pero no debo salir. Lo prometí. Lo lamento, Max.

—Eso está bien, no pasa nada —dijo—. Aunque podrías dejarme entrar y así no tendrías que salir.

Max hablaba casi tan agudo como yo, lo cual encontré un tanto gracioso. Una de sus orejas era blanca y la otra negra, el resto de él era gris.

—No lo sé —respondí—. No sé si debería, nunca ha entrado nadie aquí conmigo.

—Yo ya he entrado antes. Laura me ha invitado varias veces a pasar el rato con ella.

—¿De verdad? —Pregunté, dudosa. Todo aquello parecía muy conveniente para él. Max asintió con la cabeza. La ventana no tenía de dónde abrirse desde el exterior, así que en verdad era decisión mía si lo dejaba entrar.

—Sí, ella es la mejor persona del mundo, ¿no lo crees? —Dijo Max, sonriente.

Asentí con la cabeza y entre los dos abrimos la ventana. Podría mentir y decir que no pasó por mi mente la idea de que todo aquello podría ser una mala idea, pero no tendría caso. Sin embargo, la pasé muy bien con Max. Después de todo, yo no tenía a nadie con quien jugar, mi mamá ya era algo vieja. Nos perseguimos y jugamos a luchar por un rato. Max era más fuerte que yo, pero no demasiado. Sospechaba que él era tal vez un poco menor que yo.

Yo le hacía una llave para luego echarme encima de él y luego él hacía lo mismo. Mis mordidas

siempre fueron superficiales y juguetonas, y las de él también, al principio. Luego, por un momento, Max no se controló y me mordió la pata delantera del lado izquierdo. Solté un grito breve y agudo y me alejé de un salto.

—¡Perdóname! —Dijo Max—. No quise lastimarte. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —respondí—. No te preocupes. Vi mi pata y sentí un leve calor punzante.

—Estás sangrando —dijo—. Lo lamento muchísimo. No fue mi intención.

Max se acercó con cuidado a mí y me ayudó a limpiar la herida. Normalmente yo me limpiaba sola, o a veces mamá lo hacía, pero ahora parecía apropiado que él me ayudara, ya que él había sido quien se había excedido. Mientras lamía mi herida, los ojos de Max comenzaron a llorar.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No es para tanto, estoy bien. Fue un accidente.

—Me da mucha vergüenza, no quería hacerte daño. Sólo quería jugar con alguien —una lágrima cayó a su lado y me miró—. ¿Crees que Laura se enojará mucho conmigo?

—No te preocupes, no creo que se dé cuenta —respondí—. No fue tan profundo y ya dejé de sangrar, ¿ves?

Max veía mi patita izquierda que, en efecto, ya había dejado de sangrar, y luego miró mi costado derecho. Había unos pequeños pedazos donde no crecía mi pelaje.

—¿Qué te pasó ahí? —Preguntó Max, señalando con su nariz mi costado derecho.

—No lo sé —respondí—. Creo que son cicatrices, pero no recuerdo cómo las obtuve. Cuando era muy, muy pequeña, antes de que Laura me trajera aquí, yo también estuve en la calle. Creo que alguien me lastimó.

—Lamento mucho eso —dijo Max—. No es tan común que los de afuera peleemos entre nosotros, o al menos no tan agresivamente. Laura nos da suficiente comida como para que no nos haga falta.

—Tal vez fue otra cosa, entonces.

Charlamos un rato más y luego Max se fue de regreso al techo de la casa de al lado. En ese momento no me preocupaba mucho la herida que me había hecho por accidente. Yo pensaba más en que había hecho un nuevo amigo y que ahora podría tener a alguien con quién jugar de vez en cuando. Me imaginaba que, con el tiempo, Max se podría controlar mejor y ya no me lastimaría.

Dormí el resto de la tarde antes de que Laura llegara. Y, cuando llegó, no se dio cuenta de lo que

había pasado, tal como pensé. Sin embargo, yo sí me di cuenta de que tanto ella como yo teníamos heridas, y que ambas fuimos buenas al esconderlas. Ella me abrazó y nos fuimos a dormir. Esa noche Laura no lloró. Nunca comprendí realmente por qué, pero Laura lloraba muy seguido. Casi todos los días.

Antes de dormir, ella se ponía de rodillas al lado de la cama y hablaba sola. Pero como si alguien más estuviera en la habitación aparte de mi mamá y de mí. Jamás pude ver u oler a nadie más, sólo escuchaba las palabras de Laura con atención. Las Personas no hablan muy claro, así que nunca entendí muy bien lo que decía Laura ni a quién se lo decía. Pero ella a veces lloraba al final. Era muy seguido que Laura se quedara dormida llorando. Por un tiempo pensé que todas las Personas eran así, pero jamás vi o escuché a los padres de Laura llorar. Al menos no en ese entonces.

Me rompía el corazón no entender ni poder hacer nada. Sólo la veía, arrodillada al lado de su cama con las manos juntas y sus nueve dedos entrelazados. Con el tiempo, las rodillas de Laura comenzaron a mostrar moretones.

Antes de salir de casa por las mañanas, Laura se arreglaba y se maquillaba. Parecía incluso que

ella no se sentía mal, pero yo siempre me di cuenta, siempre me dolió a mí también.

No recuerdo cuanto tiempo pasó, pero sí recuerdo el día en el que comenzó aquel frío incontrolable. Tal vez fueron un par de semanas, pero yo no estaba muy segura. No podía dejar de temblar. Me sentía débil y sin ánimos de comer o beber agua.

Para cuando Laura me encontró al regresar a casa aquel día, yo ya estaba dormida e inmersa en sueños y recuerdos. Por lógica, yo sabía que me habían llevado en mi nave espacial a algún lugar, pero yo no me di cuenta. En lo que a mí respecta, si Laura no me hubiera encontrado a tiempo, yo no habría podido continuar.

Siete

No tardé mucho en intuir para qué se utilizaba aquella pequeña máquina. Zumbaba como cien abejas y brillaba por el reflejo de la luz. Con ella cortaron al ras el pelaje de mi pata, a media altura. Creo que nunca había visto mi propia piel tan expuesta. Para ese momento yo ya me sentía mejor. Ya no tenía frío y ya no me sentía tan débil, pero ahora me encontraba en un lugar extraño con una Persona que nunca había visto antes.

Todo aquel lugar olía a alcohol. Yo podía distinguir ese olor porque Laura lo utilizaba para limpiar las heridas que a veces ella tenía y que yo nunca pude comprender por qué. Laura también estaba ahí conmigo y con la otra Persona.

Luego vi la aguja. Laura me detuvo entre sus manos y, por tratarse de ella, permití que hicieran lo que tenían que hacer. Yo confiaba absolutamente en Laura.

Sacaron muestras de mi sangre y me dejaron descansar en la jaula transportadora rosa que Laura había comprado para mí. Mi “nave espacial”, como ella la llamaba. Cada vez fui distinguiendo más palabras que Laura me decía, pero aún era una tarea difícil entenderla del todo. La Persona

extraña con olor a alcohol mencionó la palabra “teléfono” durante su conversación de despedida con Laura. Ahora, la comodidad de mi nave espacial sólo era un leve consuelo ante mi falta de comprensión de toda aquella situación mientras me llevaban a casa.

El teléfono celular de Laura sonó más tarde ese día y ella se lo puso junto a la oreja derecha. Escuchó con atención y luego mi corazón se rompió al mismo tiempo que el de ella, pero por diferentes motivos.

Mi pecho se hundió en sí mismo mientras la escuchaba llorar. Su llanto se podía escuchar por toda la casa. Ella me tomó en sus brazos y me apretó casi demasiado fuerte. Sus lágrimas caían sobre el pelaje de mi costado. Sus ojos verdes ahora se escondían en la hinchazón y su cabello caía frente a su rostro sin que a ella le importara.

Aún recuerdo la única vez que mi hermosa Laura me mintió, pues para entonces ya le comprendía mejor:

—Vas a estar bien —dijo con voz nasal y quebradiza.

A partir de ese día, mi mamá y yo jamás volvimos a estar en la misma habitación. Yo permanecí con Laura, y mamá en el resto de la casa.

Por debajo de la puerta pude oler a mamá.

—¿Mamá? —Pregunté—. ¿Qué está pasando? ¿Qué dijeron por el teléfono?

Mi mamá guardó silencio un momento y luego respondió entre dientes, enfurecida:

—Eres una malagradecida —dijo—. Te dije que nunca salieras, lo prometiste. Lo prometiste y saliste de casa.

—Yo no salí, mamá. Te lo juro.

—¡No me mientas a mí! ¡No te atrevas!

—Te juro que no salí, mamá. No entiendo qué sucede. Por favor, dime qué pasa.

Mi mamá lloraba al otro lado de la puerta:

—Estás enferma, hija —dijo—. Estás muy enferma.

—Pero no me siento mal.

—Aún no. Pero pronto eso va a cambiar.

—¿Qué pasará mientras?

—Debes irte —respondió—. Lo más pronto que puedas.

—No —dije, sin pensarlo—. ¿Por qué no puedo quedarme?

—Tú no los conoces como yo —dijo—. Si te vas tú por tu cuenta, podrás permanecer en el vecindario y te podré dejar comida en la ventana. Pero

si sigues de terca y te quedas, te llevarán lejos a dónde nadie regresa.

—¿Dónde nadie regresa?

—El lugar donde te sacaron sangre. Niñas enfermas como tú a veces no salen. No con vida, hija. ¿Comprendes?

Comencé a llorar sin darme cuenta. Mis lágrimas caían sobre el suelo frente a mí. Comprendí aquello que nadie más debería comprender nunca. Comprendí que a veces ni siquiera siguiendo instrucciones y obedeciendo te va bien.

—El vecino —dije—. Él entró y jugamos un rato. Me mordió fuerte por error. Sólo fue eso, pero él entró, yo no salí.

—Eso ya no importa, esa criatura ya corre su propia suerte. Y tú la tuya.

—¿Él también morirá?

—Bonita —comenzó a decir mi mamá con pesar en su voz—, no lo sé.

—Lo llevaron a dónde uno no vuelve —dije, sin aliento. Mi corazón palpitaba fuerte y rápido.

—Puede ser, no lo sé —mi mamá dejó de llorar un momento para adoptar un tono serio—. Vete antes de que Laura regrese a casa. Ella ya sufrió suficiente.

Bebemos la misma agua y respiramos el mismo

aire. Y aun así, no corremos la misma suerte. El sol sale para todos y se pone para todos. Pisamos la misma tierra y nos alimentamos de sus frutos. Y aun así, no corremos la misma suerte. Parpadeamos, lloramos, reímos y amamos. Nuestros corazones laten y nuestra sangre fluye. Y, aun así, no corremos la misma suerte.

Así que me fui. Hui tan pronto como pude abrir la ventana donde había jugado con el vecino. Hui como si la mismísima muerte me viniera persiguiendo. Hui como si pudiera escapar de ella de tanto correr.

Justo en ese momento fue que comencé a sentir la debilidad en mis músculos. Un solo escalofrío recorrió mi espalda, erizando mi pelaje en el camino, y supe que esto apenas era el inicio de algo más grande. Siempre me pregunté si mi mamá hubiera tenido razón, si me llevarían al lugar de donde uno no vuelve. De cualquier forma, yo me había asegurado de que eso no fuera posible.

Seis

Mi pelaje no era completamente negro, pero de noche todos los gatos somos pardos. Un dicho que después me compartiría Perro.

Yo iba corriendo, huyendo de una advertencia y de mi hogar. Corrí tan rápido como pude, pero lo que andaba cerca, por las calles, era mucho más rápido.

Mi jaula transportadora siempre había sido mi “nave espacial”, según Laura. Pero sólo era una jaula transportadora en forma de mochila. Tenía una mica de plástico para poder ver hacia afuera mientras Laura me llevaba a donde necesitáramos ir.

Algo más parecido a una nave espacial se aproximaba con un sonido fuerte que se hacía agudo, luego grave y luego agudo otra vez. Lo escuché a cuatro o cinco cuadras de distancia, luego dio la vuelta sobre la calle de la casa y vi las luces brillantes y blancas y luego, una profunda oscuridad. Mis patas delanteras cubrían ingenuamente mi cabeza y, sin saberlo ni sentirlo, me oriné dónde había quedado: el medio de la calle. El automóvil pasó por encima de mí, pero ninguna de sus llantas me aplastó.

Hacía algo de frío, así que no tardé en darme cuenta de que mis patas traseras y mi cola estaban ahora empapadas en mi propia orina. Sabía que, de no ser porque me había quedado paralizada en medio de la calle, en vez de intentar correr, ahora sería una mancha irreconocible en el asfalto.

“La ventaja de tener un pelaje oscuro es que de noche nadie puede verte”, pensé. Yo me acababa de dar cuenta de que la desventaja era exactamente la misma. La Persona que conducía aquel automóvil no me había visto, o al menos eso decidí pensar, porque, si sí me había podido ver, no le había importado en lo más mínimo.

Debía tener cuidado y buscar refugio. Esa primera noche dormí en medio de un arbusto. Y, aun con todo lo que sucedía, soñé.

*

En mis sueños, Laura era tan real como alguna vez lo había sido. Sus largas pestañas, su sonrisa ligeramente chueca hacia su lado izquierdo, los lunares de su cuello y espalda, la forma en que arqueaba las cejas cuando se concentraba en algo, el brillo en sus ojos cuando me hablaba, su dulce y tierna voz.

Ella me abrazaba firmemente y me mecía de lado a lado lentamente, como si fuera un bebé. Tal

vez así me veía ella: como su propio bebé. Y yo me sentía tan amada y deseada. Imaginaba un hermoso futuro en el cual Laura pudiera tener a sus propios bebés, pero, por lo pronto, yo podía tomar ese lugar.

Laura podría haber sido una buena madre. Su edad y su madurez lo permitían, pero había algo en ella que tal vez se podría interponer.

Mi sueño, tan hermoso como lo era Laura, se tornó gris ante el recuerdo. Laura me cantaba en voz baja un día, después de regresar a casa. Se sentó al piano y comenzó a cantar conmigo en su regazo.

Luego el teléfono sonó, pero en este recuerdo, Laura respondió y sonrió. Se vistió rápidamente y se maquilló. Me besó en la frente y se fue en cuestión de minutos. Yo decidí dormir un rato, la verdad era que con mi mamá no había mucho qué hacer. Dormí algunas horas antes de que lo que iba a suceder después, sucediera.

El azote de puerta principal me despertó de sobresalto. Escuché a Laura discutir con sus padres. Laura se escuchaba alterada y enojada. Casi nunca me tocó escucharla así. Su madre le gritó palabras que no comprendí y Laura entró a la habitación antes de que su madre terminara de hablar.

Laura olía a lo que mi mamá describió por primera vez como “alcohol”. Aquella cosa que Laura normalmente usaba para limpiar las heridas que casi a diario aparecían en la piel de sus muslos y abdomen. Pero ahora no provenía de su piel, sino de su aliento y su sudor.

Laura me tomó en sus brazos y me abrazó fuerte, demasiado fuerte. Por un momento dejé de poder respirar y solté un breve y agudo grito. Laura me dejó caer al suelo y corrió al baño de su habitación. El sonido de sus arcadas se mezclaba con el de su llanto mientras la noche se convertía en mañana.

Laura durmió en el suelo del baño de su habitación y despertó conmigo a su lado. El olor de su vómito era muy penetrante, pero a mí no me importó. Yo sabía que Laura me necesitaba y que ella regresaría a la normalidad.

Laura tomaba pastillas todas las noches. Mamá decía que eran para sentirse mejor, pero yo no entendía porque no parecían funcionar algunos días. Ojalá yo pudiera haberle dado algo que de verdad le sirviera para dejar de sentirse tan mal. Con gusto se lo habría dado.

Cinco

El segundo día yo no comí nada. De hecho, ni siquiera salí de debajo del arbusto. Yo no lo sabía en ese entonces, pero el otoño se estaba convirtiendo en invierno. El viento ya se había llevado las hojas secas de los árboles y la brisa cada vez era más fría.

No me alejé demasiado de la casa, como mamá dijo, pero ahora necesitaba un lugar donde pasar las noches. Un lugar seguro.

A un par de cuadras, dónde aún podía ver el techo de la casa de Laura, había un terreno con una pequeña casa en mal estado. Justo frente a ella había una casa aún más pequeña. Jamás había visto tal cosa: tenía la estructura de una casa, con techo en diagonales y una abertura para entrar. Arriba de la entrada había un letrero, pero ya no se distinguía lo que decía. Me acerqué para ver si podía entrar y olí algo nuevo: una mezcla de orina y pelo, pero no de gato.

Yo acostumbraba mantenerme limpia como mamá me había enseñado, pero en ese momento tuve frío y esa pequeña casita parecía un buen lugar para pasar la noche. Sin mencionar que yo misma ya estaba bastante sucia.

Me acerqué y vi que dentro había una cobija mal doblada. Olí un aroma dulzón mezclado con sudor de Persona y me di la vuelta. En la banqueta había una Persona que me observaba, un niño mucho menor que Laura, pero bastante diferente. Este parecía tener ropa muy justa para su tamaño y olía bastante a dulce y comida. Antes de huir de casa no se me ocurrió comer una última vez o siquiera beber agua, lo cual ahora se había transformado en ese dolor de vientre que llamamos hambre.

Me acerqué al robusto niño con la esperanza de que ese olor a comida significara que él trajera algo que me pudiera compartir. El niño me miró y sonrió. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y, batallando por lo apretado, extrajo una piedra apenas un poco más pequeña que mi cabeza.

La esperanza de que aquel niño me diera comida se disipó al tiempo en el que, sin motivo ni provocación, aquel niño arrojaba con todas sus fuerzas aquella piedra hacia mí. Normalmente yo tenía buenos reflejos, pero mis músculos ya se sentían débiles y el hambre me debilitaba. La piedra me golpeó de lleno en la frente. Sin darme cuenta, un ruido agudo y penetrante retumbó en mis oídos: era mi propio grito de dolor y sorpresa.

No podía creer lo que acababa de pasar. ¿Por

qué aquel niño me había atacado? Yo no le hice nada y nunca antes lo había visto.

Mi frente comenzó a sangrar y me sentí muy mareada. Vi borroso por un momento, pero escuché un ladrido fuerte y amenazante. Detrás de mí, un perro negro comenzó a ladrar en dirección al niño, quien había dejado de sonreír para luego salir corriendo a toda prisa.

Yo también sentí miedo al escuchar los ladridos, así que corrí hacia la casita y me escondí bajo la cobija. Me golpeé el costado con la abertura que servía de entrada, pero no me di cuenta.

—Ese pinche niño otra vez —dijo el perro negro, con una voz profunda y rasposa—. Si yo fuera menos viejo, lo perseguiría hasta que él se meara en sus pantalones, para que por fin se consiguiera unos de su talla.

Asomé la cabeza un poco sobre la cobija y me di cuenta, por el olor, que ese perro vivía en la casita donde yo me encontraba.

—Por favor, señor —comencé a decir con un hilo de voz—, no me mate. Me iré de inmediato.

El perro me miró y se acercó a mí, bloqueando la salida de la casita.

—¿Matarte? —Preguntó, confundido—. ¿Para qué te mataría, pequeña? Al contrario, si ese infeliz

no se hubiera asustado conmigo, te habría seguido arrojando cosas. Él sí te habría matado —el perro se dio cuenta de que mi frente sangraba—. Te dio fuerte, el cabrón. Hasta eso que tiene buena puntería para estar en tan mala forma física.

Aquel perro negro era bastante más alto y grande que yo, pero no demasiado. Tenía un aspecto un tanto peculiar: no tenía pelaje en el cuerpo. Sólo algunos mechones en la parte de arriba de su cabeza, pero nada más. Se veía algo viejo, pero bastante musculoso y fuerte.

—¿Por qué me ayudaste? —Pregunté. Volteé a ver directamente el rostro de aquel perro y noté que le faltaba el ojo izquierdo. En su costado había marcas de líneas y cicatrices de todo tipo de tamaños y formas.

—Porque, aquí afuera, sólo nos tenemos entre nosotros —respondió aquel perro con su profunda voz—. Por eso y porque ese maldito niño me hizo lo mismo.

El ojo del perro se veía hundido y aún hinchado. Mi primera impresión había sido que le hacía falta aquel ojo, pero ya no estaba segura. Tal vez se escondía entre toda la hinchazón.

—Te lo agradezco mucho —dije—, pero debo irme.

—No es necesario, gatita. Te prometo que no tengo intención alguna en hacerte daño. Además, necesitas descansar por el golpe, al menos hasta que cierre la herida.

—No es eso —continuó, agachando la mirada—. Es que estoy enferma.

Me daba tanta vergüenza decirlo, casi como si fuera mi culpa. ¿Lo era? Yo no salí y la verdad dudaba que Max me hubiera contagiado. En todo caso, creo que yo pude haberlo contagiado a él. Y ese pensamiento me causaba mucha culpa. De haber sabido...

—Tienes esa enfermedad de gatos, ¿verdad? —Dijo el perro de inmediato—. No te preocupes, me imaginé. Te ves muy joven y aseada para ser de la calle. De seguro llevas poco tiempo aquí afuera.

—¿No tienes miedo de que te contagie? —Pregunté.

—Los problemas de gatos, se quedan entre gatos, mi pequeña amiga —respondió—. Al menos ese particular problema —el perro se acomodó dentro de la casita mientras hablaba—. Yo también tengo mis problemas, pero tampoco te debes preocupar por ellos.

—¿Qué tienes tú?

El perro se mostró triste ante mi pregunta.

—Tengo demasiado tiempo en este mundo, gatita —respondió—. Mi cuerpo ya no es lo que solía ser. Supongo que es sólo la naturaleza haciendo lo suyo —dijo el perro—. Quédate aquí, iré a conseguir comida para ambos. Duerme un rato, los demás animales de por aquí no se acercan a mí ni a esta casa. Estás a salvo.

—No sé cómo agradecerte —dije, queriendo llorar.

—No mueras —dijo, serio—. Sólo haz eso. Ya vuelvo.

El perro se fue corriendo y yo no tardé mucho en quedarme dormida. La cobijaapestaba pero me mantenía abrigada del frío.

Soñé con Laura, como ya era costumbre.

*

El dulce y tranquilizante aroma de Laura a veces venía acompañado de un olor amargo, metálico. Yo era aún muy pequeña la primera vez que me di cuenta.

Laura era diestra, así que siempre me acariciaba con su mano derecha, la mano a la que le faltaba un dedo.

Frente a sus padres y frente a las visitas siempre escondía su mano derecha, como si le diera vergüenza. Casi como si ella tuviera la culpa de ser diferente. Pero conmigo, ella no tenía que esconder nada. Ella era su versión más pura y más natural conmigo. Por eso pude ver y escuchar todo aquello que ahora recuerdo.

Sus muslos y sus antebrazos a veces olían mucho más a metal que otros días. Esto a veces tenía una relación con su llanto por las noches. Laura olía a metal húmedo unos cuantos días cada cuatro semanas, pero esto era diferente; esto era superficial.

Un día, me metí bajo las cobijas mientras ella dormía y me acerqué a sus muslos. Laura dormía en ropa interior, así que pude oler de cerca aquello que me causaba tanta curiosidad.

En ese entonces yo no conocía su nombre, pero ahora lo recuerdo por lo que era: sangre. Costras, de hecho. Finas y delgadas líneas a lo ancho de ambos de sus muslos. Salí de debajo de las cobijas y me dirigí a sus brazos. Más líneas rojizas y apenas cicatrizando.

¿Quién pudo haberle hecho esto a mi hermosa Laura? ¿Qué clase de monstruo la había atacado?

Me llenó de rabia e impotencia no saber ni in-

tuir en ese instante la gravedad de la situación, ni mucho menos mi propia ingenuidad ante lo que acababa de ver y olfatear.

Laura me sintió en su letargo y me abrazó como era usual, así que dormí entre sus brazos, sin darme cuenta de que parte de su sangre a medio coagular manchaba mi pelaje. Tal vez me di cuenta en ese momento, pero no lo recuerdo. Y, aunque me hubiera dado cuenta, no me había importado.

Laura tenía un novio. Mi mamá me explicó que las Personas jóvenes, como mi Laura hermosa, tenían parejas sentimentales de vez en cuando, con la esperanza de quedarse con ellos y tener bebés. La idea de que hubiera más Lauras en el mundo me parecía una idea por demás bella y surreal. Me encantaba.

Sin embargo, desde que Laura tuvo a su novio, ella llegaba aún más triste y solitaria que nunca. Incluso dejó de tocar el piano, el cual ya había acumulado una gruesa capa de polvo sobre su cubierta.

El pelaje de mi piel jamás me permitió observar la existencia de moretones en mí, así que verlos por primera vez en la cara de Laura fue una impresión muy grande. El contorno de su ojo izquierdo estaba ennegrecido e hinchado, mientras que el

olor metálico salía de una de sus fosas nasales y de sus labios, igualmente hinchados.

Laura ya ni siquiera lloraba por las noches. Ya no me abrazaba. Y ya no comía. Cada día se veía más cansada y más delgada. Desnuda, a Laura se le podían distinguir huesos que yo ni siquiera sabía que las Personas tenían.

Con el tiempo, Laura dejó de oler a metálico cada cuatro semanas. Pasaron meses y muchas más heridas escondidas antes que yo huyera. Antes de La Tragedia. Pero, hasta entonces, Laura dejó su olor a sangre detrás por un tiempo. Yo me sentí agradecida por esto, pero el gusto no duró mucho.

*

El perro trajo pedazos de pollo a medio comer y los compartió conmigo. Yo comí tan a prisa que casi se me atoraba la comida en la garganta. Tosí y seguí comiendo.

—Cuidado, gatita —dijo el perro—. Hay más comida de dónde vino esta. No dejes que el hambre te desespere, ya te irás acostumbrando.

Asentí con la cabeza y ambos terminamos de comer. La herida de mi frente ya había dejado de

sangrar, pero me daba comezón. Pensé en la sonrisa malvada del niño y en mi esperanza de que él me compartiera comida. Eso y en la decepción y el dolor que le siguieron.

—¿Por qué me atacó ese niño? —Pregunté. El perro suspiró y se sentó a mi lado, compartiendo su calor corporal conmigo.

—Verás, gatita —comenzó a responder—, probablemente las Personas con las que estuviste fueron buenos contigo. Pero la realidad es que los humanos son criaturas crueles y uno debe tener cuidado con ellos. Ese niño es un claro ejemplo de lo que te digo.

—Pero no todos son como él —dije, pensando en la palabra que acababa de utilizar Perro. “Humanos”, nunca había escuchado esa palabra.

—Lo sé. Pero aquí afuera no debemos tomar el riesgo de quedarnos a averiguar si los humanos que nos topamos son como las Personas que te cuidaron o como ese maldito niño cabrón.

El perro hablaba sin enojo. Sonaba más bien triste y resignado.

—Las cicatrices de tu cuerpo —dije—, ¿te las hicieron Personas?

—Algunas. Otras fueron peleas con otros perros. Cuando era más joven y me podía defender mejor.

Suspiré y me di cuenta de algo que no había rondado mi mente hasta ese momento.

—Me salvaste —dije—, y ni siquiera sé tu nombre.

El perro sonrió por primera vez desde que lo vi.

—Los nombres son cosas que nos dan las Personas, gatita —respondió—. Yo sólo soy un perro. Puedes llamarme así, no hay problema. Imagino, por el collar y la placa que aún cuelga de tu cuello, que tienes un nombre.

—Sí. Me llamo Bonita.

Perro continuó sonriendo.

—Bastante apropiado, mi pequeña amiga —dijo.

—Tal vez podamos encontrarte un nombre a ti también —dije—. Algo igual de apropiado.

—No lo sé. Nunca en mi vida he tenido un nombre propio. Pero, si se te ocurre uno, con gusto me puedes llamar así. Por lo pronto sólo soy Perro.

Sin prestar atención al dolor de mi cabeza, me recosté a un lado de Perro y me quedé dormida una vez más. Por primera vez desde que Laura recibió aquella llamada por teléfono, me sentí a salvo.

Cuatro

La Tragedia comenzó con un espectáculo de luces blancas y rojas, provenientes de un automóvil. Era un vehículo algo grande, blanco en su mayoría. Se detuvo frente a la casa que alguna vez había sido mi hogar y dos personas salieron de la parte de atrás de prisa.

—¡Perro! —grité—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé, gatita. Pero no te acerques. Ellos no son buenas noticias.

Entraron a la casa y sacaron una cama delgada con ruedas poco tiempo después. Mi corazón se detuvo al momento en que vi a Laura tendida en esa cama.

Sin pensarlo un momento, corrí hacia ellos. Laura se veía pálida y olía agrio. En ese momento no pude identificar a qué olía exactamente, pero pronto llegó a mí el recuerdo de ella en el suelo del baño.

Seguí corriendo hacia Laura, pero las Personas que la llevaban fueron más rápidas que yo. El padre de Laura iba con ellos, llorando. La subieron en la parte de atrás de aquella nave espacial para Personas, y cerraron las puertas traseras, para luego arrancar calle abajo.

Los músculos de mis piernas ya no respondían como antes, de modo que no fui tan veloz como habría podido ser en circunstancias normales. Sentía como si llevara arrastrando un costal de arena.

La nave espacial desapareció a lo lejos y yo dejé de correr. Vómito. A eso olía Laura: vómito y sudor. Vi a mi madre en la ventana. Me miró con tristeza y luego se retiró sin decir nada.

Pensé en subir al muro junto a la puerta, para acercarme a la ventana y preguntar a mamá que había pasado, pero de pronto me sentí muy cansada. Olí a Perro acercarse a mí, pero yo ya no tenía energías. Me tomó del lomo con su hocico y me llevó a la banqueta. No me di cuenta, pero me había quedado a media calle, otra vez.

Ya en la banqueta, vi a Perro y me terminé de acostar para dormir. Pensé que sólo necesitaba un momento para recobrar energías, pero pronto me quedé profundamente dormida.

Recostada, pálida y con rastros de vómito alrededor de la boca. Así fue aquella última vez que vi a Laura.

Tres

—¿Y si pedimos ayuda? —Le pregunté a Perro. Cuando desperté ya era de día otra vez. Las esquinas de mis ojos comenzaban a acumular lagañas amarillentas. Si pudiera verme al espejo, habría podido ver ese mismo tono amarillento en mi piel—. Debe haber alguien que me pueda ayudar a encontrar a Laura. Alguien que nos pudiera cuidar o resguardar, o por lo menos guiar hacia Laura.

—¿Quién? —Preguntó Perro. Me había llevado de regreso a su casita y había traído más comida—. ¿Humanos? —Asentí con la cabeza. Me dolía el cuello y me dio un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Perro se detuvo de masticar y me miró son seriedad—. ¿Humanos como los que te llamaron parte de su familia hasta que tuviste una enfermedad que no pudieron curar? ¿Personas que bien se pudieron haber desecho de ti matándote? —Perro se escuchaba molesto—. Claro que no, no se puede pedir nada de ellos. Nada que no sean las sobras miserables y malolientes de su propia comida. Nada que no sea agua sucia que ni ellos beberían. Nada más que las pedradas y los azotes por acercarse, o por existir, o por ningún motivo en lo absoluto. Nada de nada —Perro se detuvo y

suspiró, sabía que se estaba sobresaltando—. Lo lamento, Bonita.

Pensé en lo que Perro me acaba de decir, tenía razón. Los padres de Laura no podrían ni siquiera comprenderme, mucho menos poder ayudar en algo.

—¿Y si pedimos ayuda de *alguien* más? —Pregunté. Mi nariz se había comenzado a congestionar mientras estuve inconsciente. Mi voz ahora sonaba nasal, aparte de débil.

—¿De quién? —Preguntó Perro, intrigado.

—Los he visto a ellos hablarle a alguien —respondí—. Alguien a quien no puedo ver, ni ellos tampoco. Se arrodillan y le hablan. Laura lo hacía muy seguido. Le llamaba “ios”.

Perro se mostró decepcionado, como si por un momento tuviera la esperanza de que yo le dijera algo que él no supiera. Tal vez también él hubiera querido poder hablar con alguien.

—Dios —me corrigió Perro—. Le llaman Dios. Lamento romper tu burbuja, mi pequeña, pero si hay un dios al que ellos le puedan hablar, sin duda no es alguien a quien nosotros podamos contactar.

—¿Por qué lo dices?

—Si acaso llegara existir un dios, pequeña, definitivamente no le importamos —dijo con tristeza—.

Es decir, obsérvanos. Los dos estamos muriendo poco a poco y nadie parece darse cuenta. Ni siquiera las Personas, quienes sí nos pueden ver, nos ignoran. Si hay un dios allá afuera, no escucha ni a los gatos y a los perros.

—¿Y si lo intentamos?

—¿Qué? ¿Rezar? —Perro se sobresaltó y bufó—. Adelante, reza tú. Yo no haré tal cosa.

—No, no rezar. Hablar —dije. Perro ahora ponía más atención que nunca.

—¿Cómo? —Preguntó.

—Los he visto hablar con Personas a distancia, personas que no están ahí. Y reciben respuesta con un aparato.

—Eso es un teléfono, mi querida y pequeña amiga —dijo—. Pero eso ya lo sabes, tu placa aún tiene un número, así que creo que tu enfermedad te está confundiendo. De hecho, te ves bastante cansada y adolorida. Deberías comer y descansar.

—Entiendo, pero, ¿y si pudiéramos hablar con Dios por ahí? Si hay tal Persona, seguro que podría entender nuestra forma de hablar, ¿no? Es decir, les entiende a ellos.

Perro se acomodó para recostarse, ya habiendo escuchado suficiente. Se echó al suelo y respondió sin mirarme a los ojos.

—El único teléfono al que podrías tener acceso, es uno público a un par de cuadras a la derecha de esta esquina. Está en una cabina sucia y descuidada, ellos ponen monedas y hablan. Pero yo no tengo monedas y tú tampoco. Lo que sí tengo es sueño y cansancio. Y más tarde va a llover, así que necesito descansar. Parece que será una tormenta, y una grande.

—Está bien —dije. Perro tenía razón—. Creo que yo también tengo que dormir un poco.

Sentí un poco de frío en mí, un frío que venía de dentro, como aquella vez que me sacaron sangre en el lugar de donde nadie sale. Mi nariz comenzó a sentirse más obstruida, y Perro lo notó.

—Abre tú hocico, pequeña —dijo—. Te ayudará a respirar un poco mejor. Puedes pegarte a mí si te da frío, no me molesta.

—Muchas gracias —dije, mientras me acomodaba.

Perro levantó la cabeza para verme de reojo y me dio un beso en la frente. Aquel gesto me recordó a mi Laura. Y así, Perro y yo dormimos un par de horas antes de que la tormenta comenzara.

*

Laura dejó de salir de casa. Yo me sentí feliz de que ella pasara más tiempo conmigo, pero también me preocupaba que ella durmiera tanto tiempo. De vez en cuando su madre venía a la habitación a ver cómo se encontraba, pero Laura la rechazaba y le pedía que se fuera. Mi mamá y yo nos recostamos juntas a los pies de Laura sin decir nada. Mi mamá sabía muy bien que algo andaba mal.

—¿Qué le pasa a Laura, mamá? —Pregunté. Mamá me vio con tristeza.

—No lo sé —respondió—. Ya había pasado por periodos de tristeza antes, pero nunca habían durado tanto. Ya ni siquiera sé si está tomando sus medicamentos. Y, si sí los está tomando, no le están funcionando.

Laura tenía tiempo sin dormir bien. Tenía bolsas debajo de los ojos y ojeras cada vez más profundas. Su olor corporal denotaba que no se había bañado en días. A mí no me importaba su olor, para mí aún era un olor amargo pero natural. Sin embargo, la preocupación por su salud perduraba.

En su tocador, lejos de la cama, comenzó a sonar su teléfono celular. Laura se quejó y se dio la vuelta para ponerse de pie. Se tambaleó un poco y bostezó al mismo tiempo que se estiraba. Laura tomó el teléfono entre sus manos y lo examinó un momento, para luego ponérselo al oído.

—Buenas tardes —dijo con voz ronca—. Sí, acepto el cargo.

Continuó brevemente con la conversación y luego terminó la llamada. Me besó la frente a mí y luego a mamá, y luego se volvió a recostar para dormir más.

—¿Qué fue eso? —Pregunté a mamá.

—Ella respondió una llamada, aunque no reconoció el número —respondió—. Creo que era una llamada por cobrar —mi mamá notó que yo no tenía idea de lo que significaba aquello—. Eso significa que alguien le llamó y Laura tuvo que asumir el costo de la llamada.

—No sabía que se podía hacer eso.

—No tiene importancia, hija.

Mamá no dijo nada más. Dormimos un rato más hasta que Laura se bañó al fin y se fue de la casa a hacer pendientes.

Más tarde mi madre y yo tendríamos la conversación en la que ella me confiesa que me caí del techo poco después de nacer y me advierte acerca de no salir de la casa. El pensamiento de Max, junto con la culpa por su posible contagio, me invade.

Aún dentro del sueño, escucho las gotas de lluvia caer sobre el techo de la casita de Perro. En mis sueños, la comodidad de la habitación de Laura me reconforta, antes de regresar a la austeridad de la realidad.

Un destello blanco inundó el cielo nublado y un estruendo siguió apenas un segundo después, despertándome del susto. Mi respiración era rápida y pesada, dolía bastante llenar mis pulmones por completo. Las lagañas de mis ojos casi los cubrían por completo. Los limpié lo más que pude con mis patas delanteras y me di cuenta de que no podía dejar de temblar. Eran movimientos involuntarios; espasmos musculares que ya no podía evitar hacer. Mi cuerpo ya estaba dejando de funcionar propiamente.

Perro aún estaba acostada, pero miraba el charco que se acumulaba en el frente de la casa.

—Tenemos que irnos, Bonita —dijo—. La lluvia sólo va a empeorar y este lugar se puede inundar.

—El teléfono que mencionaste —dije—. ¿Me puedes llevar ahí?

Perro volvió a bufar.

—¿Sigues con eso?

—Tengo una idea.

—Te escucho, pequeña.

—Las Personas que se llevaron a Laura —comencé a decir—, tal vez Laura llevaba su teléfono celular en su bolsillo.

—Puede ser. ¿Qué tiene eso?

—Puedo ir al teléfono de la cabina e intentar hacer una llamada por cobrar.

Perro lo pensó un momento y agachó la cabeza.

—Comprendo, gatita —dijo—, pero no creo que ella atienda el teléfono. No se veía en condiciones de poder hacerlo. Y lamento tener que decirlo.

—No es necesario que ella atienda —dije de inmediato—. Si alguien de las Personas que se la llevaron atiende el teléfono, creo que va a mencionar de dónde se comunica. Tal vez así pueda encontrarla.

Perro alzó la cabeza y me miró con detenimiento. Soltó una breve carcajada y se puso de pie.

—Bonita —dijo—, quien sabe de qué estás hecha, pero me impresiona mucho tu idea. Tal vez, y sólo tal vez, podría funcionar.

Sonreí y me puse de pie con un poco de esfuerzo adicional. Casi caigo de lado pero me pude incorporar con un poco de dolor y debilidad.

—¿Me ayudarás? —Pregunté.

Perro me vio a los ojos y, aunque no lo dijo, pude detectar que me veía con lástima. Como si él pudiera concederme este último deseo antes de que fuera demasiado tarde para intentarlo.

—Está bien, gatita —respondió—. Si eso es lo que quieres para sentirte en paz, te ayudaré.

En cuanto Perro hubo terminado de decir aquellas palabras, otro rayo destelló en el cielo, seguido de inmediato por el estruendo. La lluvia empeoró casi al instante y nos vimos obligados a darnos prisa. Caminamos apenas media cuadra y volteamos hacia atrás, sólo para darnos cuenta de que a la casita de Perro ya se le estaba metiendo el agua acumulada.

—Debemos darnos prisa, pequeña —dijo Perro—. La cabina con el teléfono está cerca, pero está calle abajo. Lo cual significa que toda el agua va a bajar hacia allá.

Perro y yo seguimos caminando de prisa. Sin darme cuenta, una corriente de agua me estaba arrastrando hacia una de las coladeras de la calle.

—¡Bonita, cuidado!

Saqué mis garras y me aferré a la banqueta lo más que pude. La corriente de agua me empujaba hacia el interior del desagüe y mis patas no aguantarían mucho más tiempo. Tragué agua de lluvia e intenté gritar. Perro corrió hacia mí pero no iba a alcanzar a llegar a tiempo.

Por suerte, una rama más grande que la abertura del desagüe cayó cerca de mí y me pude aferrar mucho más fácil a ella. Perro logró llegar y me tomó con su hocico, lastimando mi lomo en el pro-

ceso. Me arrojó sobre la banqueta y se acercó a mí.

—¿Estás bien? —Perro me vio toser y vomitar un poco de agua de lluvia.

El esfuerzo me causo mucho dolor y cansancio, pero me pude volver a incorporar.

—Tienes que dejar de salvarme la vida —bromeé—. Gracias, Perro. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente no mucho, con la suerte que tienes.

Otro destello iluminó el cielo y el trueno le siguió al mismo tiempo. La tormenta estaba justo sobre nosotros.

Continuamos caminando de prisa pero con más precaución hasta llegar a dónde se encontraba la cabina con el teléfono. Era apenas una estructura metálica con paredes de plástico o cristal roto. El teléfono se encontraba en una pequeña repisa a más o menos metro y medio de altura.

—Creo que puedo arrojarte —dijo Perro—, pero te va a doler.

—No importa —dije—. Hagámoslo.

Para cuando Perro me tomó nuevamente por el lomo, el agua ya había logrado cubrir nuestras patas. Perro se preparó y me lanzó hacia la repisa. Mi cuerpo golpeó de lleno el teléfono metálico y frío, y cayó sobre la repisa.

El dolor me invadió completamente por pri-

mera vez. Solté un quejido agudo pero silencioso en comparación con la tormenta, la cual cada vez arreciaba más.

—¿Estás bien? —Preguntó Perro, ya necesitando alzar la voz por el ruido.

—Sí —mentí, al mismo tiempo que me ponía de pie sobre la repisa.

Desde mi perspectiva, yo me había incorporado casi de inmediato, pero cuando volteé a ver hacia abajo advertí que me había tomado mucho más tiempo del que había pensado. El agua ya cubría la calle y la banqueta, y Perro se había tenido que subir a un bote de basura para permanecer por arriba del nivel del agua.

—Date prisa, Bonita —dijo, ya gritando—. Desde donde estás, puedes subir al teléfono y trepar hacia la parte de arriba de la cabina, por dónde no hay techo.

Volteé a ver hacia donde Perro me indicaba, y no se veía tan difícil. Podía hacerlo, pero primero necesitaba hacer mi llamada.

—Está bien —dije—. Me daré prisa.

El nivel del agua ya había logrado cubrir a Perro lo suficiente como para que él necesitara comenzar a patalear para nadar. De reojo pude ver que Perro se había logrado aferrar a un poste con sus patas delanteras. Me debía dar prisa, antes que la corriente nos alcanzara y nos llevara consigo.

Dos

El nivel del agua se acercaba cada vez más a la repisa donde se encontraba la máquina del teléfono. Yo estaba muy nerviosa. Mi cuerpo dolía y la sensación ya incontrolable de escalofríos recorría mi espalda. Mi nariz seguía escurriendo el mismo líquido amarillento y pegajoso, y mis ojos fallaban.

Con la fuerza que aún tenía, me alcé sobre mis patas traseras y descolgué la bocina del teléfono de un manotazo.

—¡Bonita! —Gritó Perro, aún aferrándose al poste de luz con sus patas delanteras—. ¡Sube al techo de la cabina ahora! —Perro se hundió en el agua un momento y luego sacó la cabeza, jadeando para respirar—. ¡Deja esa estupidez y sube lo más que puedas!

No respondí. Podía verlo a lo lejos, pero era algo borroso. De cerca, sólo veía el teléfono frente a mí.

Me acerqué a los números e intenté recordar los dígitos que había en mi collar. Los había memorizado por tanto tiempo y justo en ese instante me sentía tan cansada que no los recordaba con tanta claridad.

A lo lejos, escuché a Perro soltarse del poste de luz mientras el agua se lo llevaba. Intentó gritar

una vez más, pero el agua se lo impidió. Yo quise gritar también, pero no tuve fuerza suficiente. Me tenía que dar prisa si quería hacer mi llamada.

Vi las instrucciones de uso del teléfono y busqué las palabras “por cobrar”. Supe cuáles eran porque ambas venían juntas y ambas compartían su segunda letra con la segunda letra de mi nombre: un círculo.

Tenía que presionar cuatro botones antes del número de diez dígitos que le pertenecía al teléfono celular de Laura. No conocía algunos números o símbolos que venían en las instrucciones, pero por fortuna los botones del teléfono tenían escrito cuáles eran, así que sólo necesité seguir las indicaciones.

Puse mi pata sobre los botones del teléfono y me di cuenta de que las almohadillas de mis patas eran más grandes que los botones. No iba a poder presionar uno sin presionar varios más sin querer.

El agua subió a la repisa y mis patas traseras comenzaron a mojarse.

“Mi nariz”, pensé. “Con ella puedo marcar el número”.

Puse mi cara sobre el primer botón y me di cuenta de que era algo difícil de presionar. Iba a tener que golpearlo para poder marcar.

Hice mi cabeza hacia atrás y me preparé para golpear el primer botón con la nariz. Lo hice y el botón se presionó. Vi borroso un momento y el dolor en mi cabeza se apoderó de mí. El interior de mis fosas nasales dolía y escurría. Tosí por la incomodidad y sacudí mi cabeza para retomar mi tarea.

Hice mi cabeza hacia atrás y marque los siguientes tres botones de la instrucción uno tras otro. Caí hacia atrás sobre la repisa y la mitad de mi cuerpo se hundió en el agua que cada vez subía más. Me levanté tan pronto como pude y vi el fluido que manaba de mi nariz, flotando sobre el agua alrededor de mí mientras tosía. Ahora el amarillo de mi mucosa se veía rojizo: mi nariz estaba sangrando.

Me terminé de levantar, ya habiendo marcado la instrucción para hacer la llamada por cobrar, y me preparé para continuar. Pude presionar los primeros cinco dígitos antes de volver a caer. El agua no había subido desde la última vez, pero ahora podía ver que sobre lo gris de mi pelaje, ya había más sangre que fluido amarillo. Me levanté y presioné tres dígitos más antes de volver a caer.

Sólo me faltaban dos para terminar de marcar el número completo. Sin embargo, mi cuerpo ya no

me respondía. Cerré los ojos y me vi tentada a dejarme llevar por la corriente de agua. Los escalofríos se escondían tras el frío del agua y el dolor de mis músculos al temblar sin control.

“Te amo tanto, Bonita”. La voz de Laura resonó en mi cabeza como una brisa tenue, pero clara. “Eres mi mundo entero”.

Yo siempre supe que eso era cierto, porque yo sentía lo mismo hacia ella.

“Tú puedes”, dijo.

Abrí los ojos y me balanceé sobre mi costado. Me puse de pie, temblando y llorando por el dolor, el cansancio y el frío. Me acerqué de nuevo a los números y, frente a ellos, supe que este sería mi último intento.

Hice mi cabeza hacia atrás y presioné el penúltimo dígito. Mi cuerpo ya no sentía dolor, pero dejé de poder escuchar. Un sonido agudo sustituyó el estruendo de la tormenta.

Tosí una vez más y me preparé, sólo faltaba un dígito de los diez que conformaban el número de teléfono de Laura. Hice mi cabeza hacia atrás para presionar el último botón, pero el temblor de mis patas me hizo tambalear. Sentí que iba a caer, así que me incliné para intentar caer lo más cerca posible a la bocina del teléfono.

Ya no me podía levantar. Me había faltado un dígito. “Maldita sea, maldita sea, sólo me faltó uno”.

Vi el relámpago destellante, pero ya no escuché el trueno que debería haberle seguido. El agua entró en mi hocico y noté apenas entonces lo sedienta que estaba. Quise tragar agua, pero hasta eso implicaba un esfuerzo que mi cuerpo ya no podía hacer. Tosí un poco y entrecerré los ojos, viendo la bocina del teléfono frente a mí.

Si este era el final, preferí cerrar los ojos e imaginar a Laura, aunque fuera una última vez. El sonido de su voz mientras me hablaba, la delicadeza con la que me acariciaba, la manera en que se le entrecerraban los ojos al sonreír, su voz al cantar mientras se bañaba, sus dedos al tocar el piano.

Ella sólo tenía nueve dedos, pero nunca necesitó más que eso. Podía hacer hermosa música y podía llevar a cabo su vida perfectamente. Y me podía amar y acariciar y querer y alimentar. Nueve eran suficientes.

“Vas a estar bien”, dijo Laura, aquella única vez que me mintió llorando. “Habla, Bonita”, dijo en el interior de mi mente, rodeada de silencio y de oscuridad. Pero ese no era un recuerdo, Laura no me dijo eso aquella vez. “Habla, bonita. Tú puedes. Sólo un último esfuerzo”. Y, con estas palabras, de-

cidí abrir los ojos y regresar a escuchar la tormenta. Sólo había podido marcar nueve dígitos, pero si a Laura no le hacía falta un dedo, tal vez a mí no me haría falta ese último dígito.

Me arrastré lo más que pude hacía aquel pedazo de máquina. Estaba un poco sumergido en el agua que ya subía más sobre la repisa, pero la bocina aún sobresalía. Mi boca sabía a metal y me dolía al respirar, pero comencé a gritar tan fuerte como pude:

—¡Ayúdanos! —Grité. Luego pensé en Perro y en que el agua se lo había llevado—. ¡Ayuda a Perro, por favor! ¡Ayuda a Max! ¡Ayuda a todos los animales de la calle! —Grité con las fuerzas que me quedaban, con la esperanza de que con el estruendo de la tormenta mi voz aún se pudiera escuchar— ¡Ayuda a Laura! —Mi cabeza cayó de lado y se sumergió en el agua. Pensé que eso sería suficiente. Para bien o para mal, al menos lo había intentado. Luego recordé el calor de los brazos de mi niña hermosa y grité una última vez—: ¡Ayuda a Laura! —Y con esas tres últimas palabras, el agua logró sumergir la bocina del teléfono y el resto de mi cuerpo.

Cerré los ojos. Dejé de temblar y dejé de sentir dolor. Lo último que sentí antes de irme fue mi

cuerpo mientras el agua torrencial me levantaba de la repisa y me llevaba a mí también por el río que antes había sido sólo una calle.

Mis pulmones se habrían llenado de agua, pero yo ya había dejado de respirar. La cabina telefónica también cayó por el peso y la fuerza del agua, pero para ese momento yo ya me encontraba muy lejos. Mi corazón, que le pertenecía por completo a Laura, dejó de latir. El corazón tierno y pequeño de una criatura tierna y pequeña. Pero un corazón, al fin y al cabo.

Una

Desperté en la banqueta. El agua ya había bajado y ya era de día. Parecía como si hubiera pasado mucho tiempo, pero no podía estar segura.

—¡Gatita! —Gritó con alegría la voz profunda e inconfundible de Perro.

Se acercó corriendo y me lamió la cara varias veces. Me puse de pie sin dificultad y noté que el dolor de mis músculos había desaparecido. También los escalofríos. Respiré por la nariz sin problema alguno.

—Pero... —Dije, sin saber muy bien cómo expresar mi asombro. Mi voz ya no sonaba nasal y el sabor metálico había desaparecido—. ¿Cómo es posible?

—No tengo idea, pensé que habías muerto. Llevo tres días cuidando tu cuerpo para que nadie se lo comiera o se lo llevara.

—¿Tres días? —Pregunté mientras notaba que el ojo izquierdo de Perro, que al inicio pensé que le hacía falta, ya no estaba hinchado. Perro me veía con sus dos ojos.

—Por lo menos —respondió Perro—, puede ser más. Yo también quedé inconsciente cuando me llevó el agua.

Miré al rededor y vi los escombros esparcidos por las calles. Pedazos enteros de paredes y ventanas. Postes de luz tirados y, a lo lejos, el teléfono de la cabina.

Perro vio lo mismo que yo y se quedó pensando.

—Pudiste hablar, ¿verdad? —Preguntó, más como afirmación que como pregunta—. ¿Qué te dijo?

—No sé —respondí—. No pude escuchar. Ni siquiera sé si alguien me escuchó.

Perro inclinó la cabeza y comenzó a llorar. No llevaba mucho tiempo conociendo a Perro, pero no me daba la impresión de que el llanto fuera algo común en él.

—Yo creo que te escuchó, Bonita —dijo Perro entre sollozos—. Yo creo que *alguien* te escuchó —le acerqué la cabeza al costado y le di una caricia.

—Debo irme, Perro —dije.

—¿A dónde?

Aunque no sabía por dónde comenzar, sí sabía mi objetivo. Si alguien me había escuchado, entonces aún quedaba algo por hacer. Miré a Perro y él comprendió a qué me refería.

Perro me acompañó en mi búsqueda algunos meses más. Murió una noche mientras dormía, su corazón se dejó de latir para siempre. No sufrió ni

se dio cuenta. Estoy eternamente agradecida por su amistad y lo extraño todos los días. Me llevó un día entero, pero pude enterrarlo en un jardín abandonado, cerca de donde nos quedamos en nuestra búsqueda.

Me quité mi collar, aún con la placa que decía mi nombre, y lo puse sobre el pequeño monte de tierra que ahora era su lugar de descanso. De haber podido, le habría escrito un letrero que dijera el nombre por el cual me había referido a él desde la tormenta: "Hermano". Como el mío, ese nombre también le había parecido apropiado.

Ya soy una adulta y por fin sé lo que es el celo y lo molesto que puede ser tener que evadir a los gatos machos, aunque ya me acostumbré a quitármelos de encima. Ya puedo defenderme sola.

Desde que desperté aquella vez, después de la tormenta, he podido oler y respirar, con mi nariz libre de fluidos amarillentos. He podido ver sin lagañas en los ojos y he podido correr con músculos que alguna vez dolieron y dejaron de responder.

Aún sufro hambre y sed, pero he aprendido a encontrar lo necesario, ahora que Hermano ya no está conmigo para conseguirnos comida.

Miro al horizonte y continúo día con día. Sigo

buscando, sabiendo que algún día volveré a ver los hermosos ojos verdes de mi Laura. Y, cuando lo haga, jamás me volveré a separar de su lado.



Índice

CABINA NÚMERO 1:

“ALICIA Y EL INCREÍBLE LADRILLO GRAVITACIONAL”

11

CABINA NÚMERO 2:

“OFICINA TRANSATLÁNTICA DE
ATENCIÓN A USUARIOS”

81

CABINA NÚMERO 3:

“NUEVE DEDOS”

122



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024